

**RESOLUCIONES
PLENO ANUAL
"GERMAN CORTES"
COMITE EXTERIOR
MIR 1978 1979
marzo abril**



2.7

1998
4581

**BOLETIN ESPECIAL DEL COMITE
EXTERIOR DEL MIR RESOLUCIONES
DE LA SESION ANUAL "GERMAN
CORTES", MARZO-ABRIL DE 1979**

- III. LA COYUNTURA POLITICA
 - 1. Marco general de la Estrategia de politica exterior
 - 2. La situación en Europa, Asia, África y América Latina
 - 3. América Latina
 - a) El proceso de independencia y de la restauración de la soberanía
 - b) El desarrollo de la integración regional y del Sur
 - c) La gestión de una alternativa revolucionaria
 - d) Resumen y conclusiones

SEGUNDA PARTE
RESOLUCIONES SOBRE POLITICA INTERNACIONAL

1. INTRODUCCION GENERAL

10816878

INT. INSTITUUT
SOC. GESCHIEDENIS
- NOV. 1998
AMSTERDAM

**BOLETIN ESPECIAL DEL COMITE EXTERIOR DEL MIR
RESOLUCIONES DE LA SESION ANUAL "GERMAN CORTES".
MARZO - ABRIL DE 1979**

INDICE

PRIMERA PARTE

LA SITUACION INTERNACIONAL 9

I. PANORAMA GENERAL 11

II. LA COYUNTURA ECONOMICA 11

1. Economías centrales
2. América Latina

III. LA COYUNTURA POLITICA 19

1. Marco general de la Estrategia Imperialista
2. La situación en Europa, Asia, Africa y Medio Oriente.
3. América Latina.
 - a) El proyecto de institucionalización de la contrarrevolución.
 - b) El desarrollo de la institucionalización y sus límites.
 - c) La gestación de una alternativa revolucionaria.
 - d) Resumen y conclusiones.

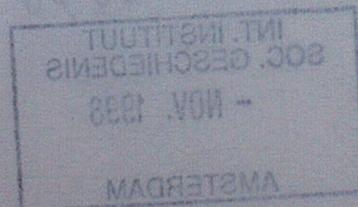
SEGUNDA PARTE

RESOLUCIONES SOBRE POLITICA INTERNACIONAL 31

I. INTRODUCCION GENERAL 33

II. RESOLUCIONES 34

1. Los fundamentos de nuestra política internacional.
2. Las condiciones sobre las cuales se impulsa nuestra política.
3. Nuestra visión de diferentes fuerzas a nivel internacional.
 - a) La J.C.R.
 - b) En relación a los países socialistas.
 - c) Eurocomunismo.
 - d) Socialdemocracia.
 - e) Respeto a China.
4. Nuestros principios generales.
5. Nuestros objetivos.
6. Nuestro objetivo inmediatos en América Latina.



7. Nuestros objetivos en Europa.
8. Nuestros objetivos en Asia y Africa.
9. Resoluciones sobre la política de relaciones.
10. Resoluciones sobre el proceso de convergencia.
11. Prioridades generales de nuestra política.
12. En torno a la lucha y debate ideológico.
13. Observación final.

TERCERA PARTE

RESOLUCIONES SOBRE SITUACION NACIONAL:	47
I. INTRODUCCION	49
1. El período contrarrevolucionario.	
2. Rasgos principales del período.	
3. Los objetivos históricos de la contrarrevolución.	
4. La correlación de fuerzas en el período.	
5. El Estado contrarrevolucionario y la Dictadura Militar.	
II. EL FIN DE LA PRIMERA ETAPA DEL PERIODO	62
III. LA APERTURA DE LA SEGUNDA ETAPA DEL PERIODO	63
IV. BALANCE DE LA FASE ACTUAL Y DESARROLLO DE LA LUCHA DE CLASES EN EL PERIODO 1978-1979	67
1. Introducción.	
2. Una fase marcada por la polarización Dictadura Militar-Movimiento de Masas.	
3. Marco internacional.	
4. Situación económica.	
5. Clases Dominantes.	
6. Oposición burguesa.	
7. Iglesia.	
8. Movimiento de masas.	
9. La izquierda.	
10. El Partido.	
a) Trabajo de masas.	
b) Política de alianzas.	
c) El trabajo de impulso a la Resistencia organizada.	
d) El desarrollo de nuestra política militar.	
e) La lucha contra la represión.	
V. PERSPECTIVAS DE LA LUCHA DE CLASES EN LA FASE ACTUAL .	107

CUARTA PARTE

BALANCE DEL TRABAJO EXTERIOR 1978-1979	113
I. BALANCE GENERAL	115
1. Introducción.	
2. Objetivo central de la táctica.	
3. Objetivos de organización.	
4. Objetivos de relaciones.	
5. Objetivos de relaciones con la izquierda chilena.	
6. Objetivos de la solidaridad y frentes.	
7. Objetivos de apoyo directo.	
8. Catastro político-orgánico.	
9. Tareas de manejo interno.	
10. Finanzas en las zonas y CLs.	

11. Apoyo directo desarrollado por las zonas.	
a) Proyectos.	
b) Propaganda postal.	
c) Reconexión con Partido en el Frente.	
d) Plan de Retorno.	
e) Especiales.	
f) Planes de inversión.	
12. Boletín del C.E. a las bases.	
13. Balance DEL TRABAJO DEL CE, SEE, SEAM.	
14. Grupo de estudios.	
II. BALANCE DE ORGANIZACION:	125
1. Marco general.	
2. Realidad orgánica.	
3. Cardex y catastros orgánicos.	
4. Tareas de relaciones con el Frente.	
5. Comité Central Exterior.	
III. BALANCE DEL TRABAJO DE RELACIONES CON LA IZQUIERDA CHILENA	131
IV. BALANCE DEL TRABAJO DE FRENTES Y SOLIDARIDAD	134
1. Introducción.	
2. Marco del trabajo de solidaridad en el período.	
3. Balance del trabajo de solidaridad.	
4. Balance de la tarea de solidaridad a nivel global.	
5. Trabajo de frentes.	
V. BALANCE DEL TRABAJO DE RELACIONES INTERNACIONALES ..	139
1. Balance general del trabajo de relaciones.	
2. Balance por nivel de trabajo.	
a) A nivel de la Izquierda Revolucionaria Latinoamericana.	
b) A nivel de los Partidos Comunistas Latinoamericanos.	
c) A nivel de los Países Socialistas.	
d) A nivel de Movimientos de Liberación.	
e) A nivel de la Izquierda Europea y Norteamericana.	
f) A nivel de Gobiernos Progresistas.	
g) A nivel de fuerzas progresistas y antiimperialistas.	
3. Balance del trabajo de la Comisión Internacional.	
4. Informe del trabajo de relaciones por zona.	
A. En América Latina.	
1. Izquierda Revolucionaria.	
2. Partidos Comunistas Latinoamericanos.	
3. Movimientos de Liberación.	
4. Representaciones diplomáticas.	
5. Trabajo de Relaciones desarrollado en el XI Festival de la Juventud.	
B. En Cuba.	
C. En Africa y Medio Oriente.	
D. En Europa.	
E. En EE.UU. y Canadá.	

QUINTA PARTE

RESOLUCIONES SOBRE LA TACTICA EXTERIOR DEL PARTIDO	
Periodo 1978 - 1979	159
I. INTRODUCCION	161
II. OBJETIVO CENTRAL DE LA TACTICA EN EL PERIODO 78-79	163
1. El fortalecimiento de la unidad ideológica del Partido.	
2. El fortalecimiento de la unidad y capacidad política del Partido.	

L. 7

3. Fortalecer la unidad y capacidad orgánica del Partido.	
4. Mejorar y fortalecer los métodos de trabajo y dirección.	
5. El apoyo directo al Frente, eje y motor de la actividad del Partido en la retaguardia.	
6. La tarea de relaciones internacionales.	
7. Frentes y solidaridad.	
8. Organización.	
9. El Pleno del CC-instrumento de fortalecimiento del Partido y factor de multiplicación de la capacidad de apoyo al Frente.	
10. Consolidar el viraje en la sección exterior del Partido.	
11. Sobre el tipo de Partido que necesitamos en el exterior.	
12. Sobre el tipo de militante que necesitamos.	
III. TACTICA DE ORGANIZACION	171
1. Adecuar la estructura partidaria a las nuevas perspectivas.	
2. Política de cuadros.	
3. Traslado de cuadros.	
4. Las dimensiones orgánicas de los C.Z. Y C.L.	
5. Las direcciones medias y los cuadros medios de dirección.	
6. Sobre la clandestinidad, seguridad y compartimentación.	
7. Comunicaciones.	
8. Finanzas.	
9. Propaganda y publicaciones.	
10. Balance trimestral.	
11. Tareas de las zonas y los Comités Locales.	
IV. TACTICA DE RELACIONES INTERNACIONALES	187
1. Definición de prioridades.	
2. Táctica de relaciones en América Latina.	
3. Táctica de relaciones en Cuba.	
4. Relaciones con organizaciones político-gremiales que actúan en América a Latina.	
5. Táctica de relaciones en África y el Mundo Árabe.	
6. Organización del trabajo de relaciones en el exterior.	
7. Proposiciones.	
V. TACTICA HACIA LA IZQUIERDA CHILENA	198
1. Síntesis del Balance.	
2. La unidad amplia o alianza antidictatorial.	
3. La política de convergencia y reagrupación de los revolucionarios.	
4. El fortalecimiento de la política propia.	
5. La lucha por la unidad en la base.	
6. Táctica y plan.	
VI. TACTICA DE SOLIDARIDAD Y FRENTES	200
1. Introducción.	
2. Táctica.	
3. Tareas permanentes.	
VII. TACTICA DE APOYO DIRECTO	204
1. Introducción.	
2. Organización de las tareas de apoyo directo.	
3. Las tareas generales de apoyo directo.	
4. Las tareas de apoyo directo por sectores.	
5. Las tareas de apoyo directo centralizadas en los Comités Locales.	
6. Las tareas de apoyo directo centralizadas del Comité Exterior.	
VIII. ANEXOS	208
Nº1 SOBRE EL TRABAJO DE DIRECCION EN EL EXTERIOR	208
1. La organización y funcionamiento del Comité Exterior y Secretariado Exterior.	

2. Jefe del Comité Exterior.
3. Composición del nuevo Secretariado Exterior.
4. Comisión de control y cuadros del Comité Exterior.
5. El funcionamiento del Comité Central.
6. El funcionamiento de la Comisión Política.
7. Comisiones del Pleno.

Nº2 SOBRE LA FORMACION DE LOS CUADROS **211**

1. Las escuelas de cuadros: Hacia una formación integral de la militancia.
2. Sobre la formación especial y técnica.
3. Organización del Partido en instrucción.
4. Relaciones de la estructura de formación de cuadros con las escuelas.
5. Plan de formación de cuadros para Comité Exterior.
6. Informe sobre el trabajo de Formación Política.

SEXTA PARTE

CARTA DEL COMITE INTERIOR A LA SESION ANUAL DE MARZO-ABRIL DE 1979 "GERMAN CORTES" DEL COMITE EXTERIOR **225**

PRIMERA PARTE

LA SITUACION INTERNACIONAL

QUINTA PARTE

RESOLUCIONES

Periodo 1978 - 1979

INTRODUCCION

RESOLUCION

Periodo 1978 - 1979

RESOLUCION

Periodo 1978 - 1979

7. Comisiones del Píeno.
6. El funcionamiento de la Comisión Política.
5. El funcionamiento del Comité Central.
4. Comisión de control y cuentas del Comité Ejecutivo.
3. Composición del nuevo Secretariado Ejecutivo.
2. Jefe del Comité Ejecutivo.

Nº 2 SOBRE LA FORMACION DE LOS CUADROS

1. Las escuelas de cuadros. Planes para la formación integral de los cuadros.
2. Sobre la formación especial y técnica.
3. Organización del Partido en las escuelas.
4. Relaciones de la estructura de formación de cuadros con las escuelas.
5. Plan de formación de cuadros para el Comité Ejecutivo.
6. Informe sobre el trabajo de la Comisión Política.

SEXTA PARTE

CARTA DEL COMITE INTERIOR A LA SESION ANUAL DE 1959-1960
DE 1959 "GERMAN CONTER" DEL COMITE EXTERIOR

PRIMERA PARTE

LA SITUACION INTERNACIONAL

PRIMERA PARTE

LA SITUACION INTERNACIONAL

I. PANORAMA GENERAL

La persistencia de la crisis prolongada del capitalismo, las perspectivas de una nueva etapa de recesión, unidas al cuestionamiento del liderazgo del dólar en Europa Occidental y a los obstáculos que encuentran los esfuerzos antiinflacionarios con el alza de precios del petróleo; todo ello pone de manifiesto los pies de barro con que camina el imperialismo yanqui.

Las fuerzas que la revolución ha desplegado tanto en los flancos de la OTAN como en la periferia —generando agudas crisis políticas— han puesto serias dificultades a la estrategia imperialista, evidenciando los límites estructurales de su proyecto.

El avance que ha tenido la estrategia imperialista en algunos aspectos no ha sido sostenido, ni lo suficientemente fuerte como para cambiar el signo del período, cual es de *avance de la revolución*.

El movimiento de masas se reanima en los países capitalistas europeos, en los flancos de la OTAN y en América Latina, determinando crisis políticas cuyos puntos más álgidos los constituyen Irán y Nicaragua. En los países europeos, el movimiento popular busca enfrentar las agresivas políticas que las clases dominantes pretenden imponerles, para descargar sobre sus hombros los costes de la crisis.

En Irán, la caída del Sha ha significado abrir cauce al avance de las fuerzas revolucionarias en la zona. En América Latina, las masas —superado el momento de reflujo más profundo— se reactivan en respuesta a la superexplotación y opresión política, obstaculizando los intentos imperialistas por institucionalizar las dictaduras y por apaciguar las regiones periféricas. Nicaragua es el ejemplo más demostrativo, señalando una perspectiva de ascenso de los enfrentamientos sociales, más que de pacificación y enfriamiento de la lucha de clases.

Todos estos elementos configuran una tendencia a la agudización de las pugnas interimperialistas y una tendencia al fracaso del intento imperialista de generar un nuevo esquema de fuerzas centro-periferia.

II. LA COYUNTURA ECONOMICA

1. Economías Centrales

En el marco de la crisis prolongada del capitalismo a escala mundial, las economías centrales —según la OCDE— *se aproximan a una etapa recesiva*, semejante a la del 75, cuya base es el descenso del crecimiento económico de los Estados Unidos y el aumento de los precios del petróleo. Algunos indicadores permiten dar cuenta de estas afirmaciones:

— La devaluación del dólar ha llegado en los últimos tiempos a los niveles más bajos en el mercado europeo y japonés, llegando a comienzos de año a equivalencias de 1,85 marcos y 185 yens.

— El crecimiento económico en 1978 fue de 4% frente al de 1977 que fue de 4,3%.

— La inflación fue del 11% en lugar del 7% esperado.

— El índice industrial Dow Jones tuvo la mayor caída de los últimos tres años.

— En los veinticuatro países que componen la OCDE, el crecimiento no superó el 3,5% durante 1978, y para el presente año se pronostica que será de 3,2% frente al 4% que debiera esperarse.

— En tales países hubo una cesantía desigual del orden de los 17 millones de trabajadores.

— La OPEP alzó los precios del petróleo en diciembre 78 fundamentando el alza en la enorme baja en la producción de Irán (secundaria a la crisis política) y en la considerable devaluación del dólar. Tal alza fue de un 14,5% frente al 5 a 8% esperado y esto significa que el barril pasa de 12,70 dólares a 14,74 dólares.

— El alza debilitó los intentos de recuperación de la economía norteamericana y tiende a expresarse necesariamente en una profundización del déficit comercial, en un incremento de la masa de dólares en circulación y en un encarecimiento de la producción.

— El Secretario del Tesoro de USA, Blumenthal, ha manifestado que por estas razones, y para mejorar la competitividad comercial, deberá mantenerse el mecanismo de caída del dólar.

La proximidad de una nueva recesión, que tendrá mayores repercusiones a nivel de la economía norteamericana *agudiza las tensiones entre las potencias occidentales*, en la búsqueda de las vías que permitan disminuir los costos de la larga crisis económica. Es tras estos objetivos que Carter implementa una serie de medidas que, hasta el momento no han mostrado éxito: es así como su déficit comercial llegó en 1978 a 30 mil millones de dólares, frente a 26 mil en 1977.

Por su parte, las economías eurojaponesas, después de los acuerdos de la cumbre de Bonn, efectuada a mediados del 78, lanzaron una contraofensiva orientada a detener la devaluación del dólar y a crear sus propios mecanismos monetarios, tal como el sistema Monetario Europeo.

Se ha *acentuado la pérdida de competitividad de la economía norteamericana frente a Japón y Alemania*, producto del mayor avance tecnológico y de los más bajos salarios por parte de estos últimos. Desde 1967 a la fecha, la productividad en Estados Unidos ha aumentado en un 24%, en tanto que en Japón lo ha hecho en un 105%. Esto refleja la sustancial caída de la tasa de inversiones en Estados Unidos.

En el marco de la importancia de primer orden que tiene la economía norteamericana en el concierto económico mundial, *la tendencia global* es al ingreso a una curva recesiva, a un aumento de los problemas económicos de Estados Unidos —repercutiendo a su vez sobre el resto de los países imperialistas y sobre América Latina—, y una agudización de las pugnas interimperialistas, inscrita en la perspectiva de capear la coyuntura con menores costos.

2. América Latina

La situación económica actual de América Latina es más bien de estancamiento relativo que de recuperación de la crisis. Desde la fuerte caída de la tasa de crecimiento del producto interno bruto (PIB) en 1975 cuando llegó a 3,1%, éste ha venido creciendo a porcentajes levemente superiores, pero muy por debajo de los alcanzados entre los años 1969-1974, siendo la tendencia del reciente período 1976-1978 no sólo a una tasa de crecimiento baja, sino que además en disminución, con un 4,5% en 1976, un 4,4% en 1977 y un 4,1 estimado para 1978.

En 1976, la situación más crítica la experimentaron Argentina (con -3,0 de crecimiento en el PIB, vale decir, con una disminución de 3,0%), México (con un escaso aumento de 1,9%, muy por debajo del promedio de 6,2 registrado entre los años 1970-74), Uruguay (con 2,6), y Perú (con 3,0). En cambio, destacaron por sus altas tasas de crecimiento, Brasil (9,2), Ecuador (8,0%) y Honduras (8,0). En 1977, la economía

peruana continuó su caída (con una disminución de -1,0% en su PIB) y encabezó a los países con mayor crisis en la región. Le siguieron Haití (con un escaso crecimiento de 1,3), Panamá (con un 2,5) y México (con un 2,8).

Por el contrario, las economías de mayor crecimiento durante dicho año fueron las de Paraguay (con un 11,7% de aumento en el PIB), Chile (con un 8,6) y Guatemala (con un 8,5). Para 1978 se considera a Argentina como el país que experimentó la más grave situación económica, con una baja de 3% en su producto. Luego vienen Nicaragua y Perú, también con tasas negativas de crecimiento. Entre los países que lograron una mejora notable de sus economías se encuentran México y Colombia. El primero, por el auge de su producción petrolera y una recuperación de su actividad industrial. El segundo, por buenos resultados en la agricultura y la manufactura.

AMERICA LATINA EVOLUCION DEL PRODUCTO INTERNO BRUTO (a) (tasas anuales de crecimiento)

1969	7,1
1970	6,9
1971	6,7
1972	6,9
1973	8,5
1974	7,1
1975	3,1
1976	4,5
1977	4,4
1978	4,1

(b)

Fuente: CEPAL, sobre la base de estadísticas oficiales.

(a) De 19 países, sin incluir los de habla inglesa del Caribe.

(b) Estimación preliminar sujeta a revisión.

En relación a principios de la presente década, el proceso inflacionario sigue siendo bastante alto y con una tendencia a ir disminuyendo en forma relativamente lenta. Luego del máximo de 63,4% alcanzado en 1976, bajó a 41,8% en 1977 y se estima en un 39,9% para 1978.

AMERICA LATINA VARIACION PROMEDIO DE LOS PRECIOS AL CONSUMIDOR

Años	Porcentajes
1970	12,2
1971	13,3
1972	21,3
1973	36,5
1974	41,2
1975	60,1
1976	63,4
1977	41,8
1978	39,9 (a)

Fuente: CEPAL, sobre la base de datos del FMI y de estadísticas oficiales.

(a) Estimación preliminar sujeta a revisión.

Argentina, Chile y Uruguay son los países con mayor inflación en la región. En 1973, Chile llegó a la altísima tasa de 507,7%, la máxima alcanzada durante este decenio, mientras que Argentina tuvo su nivel más crítico en 1976, con un 347,1%, y Uruguay el suyo en 1974, con un 107,2.

En 1978 destacaron los avances antiinflacionistas de Chile y Uruguay, logrando Chile, por primera vez en la década, quedar por debajo del promedio regional, con un 31 por ciento. En cambio, Argentina registró una nueva aceleración de su proceso inflacionario al llegar, según cifras oficiales, al 169,8%, considerado el más alto del mundo para el año pasado.

Cabe destacar que, de acuerdo a estimaciones del Fondo Monetario Internacional (FMI), la inflación latinoamericana es casi seis veces mayor a la de los países capitalistas desarrollados, para los cuales se calcula una tasa media aproximada de 7% en 1978.

A diferencia de crisis anteriores, la actual está caracterizada por una tendencia al estancamiento, acompañada de altos niveles inflacionarios, por lo que se ha dado en denominarla "estanflación".

Tradicionalmente, la inflación se había venido presentando como un fenómeno estrechamente vinculado al crecimiento económico, ya que por esta vía el capital monopólico obtiene una transferencia adicional de plusvalía. Sin embargo, en la actualidad, la crisis y el estancamiento se han hecho presentes con fuerza, no obstante la persistencia e intensificación del proceso inflacionario.

El estancamiento con inflación, la desocupación, la reactivación del movimiento de masas, la crisis del sistema monetario mundial, el resurgimiento del proteccionismo en las relaciones económicas internacionales y de las pugnas interimperialistas se han constituido, pues, en los rasgos más distintivos de la presente crisis. Y ello porque se asiste a un creciente agotamiento relativo en los niveles de productividad de las economías imperialistas, que ha puesto en cuestión el proceso mismo de reproducción del capital a escala mundial. Por ejemplo, para 1978, se estima que Estados Unidos, cuya economía compromete al sistema capitalista en su conjunto, tendrá una disminución en su productividad de aproximadamente 1,5%.

Ante esta nueva gran crisis global del capitalismo, sólo comparable por su magnitud histórica con las de los años 1873-1895 y con las del período comprendido entre las dos guerras mundiales, el capital imperialista ha emprendido un reordenamiento en la división internacional del trabajo con el que pretende recuperar su rentabilidad. En efecto, a la vez que impulsa en las economías centrales el desarrollo de aquellos rubros productivos que requieren de los más avanzados descubrimientos científicos y tecnológicos, transfieren hacia las economías dependientes aquellas actividades económicas que han experimentado un agotamiento en sus niveles de productividad, a fin de recuperar para dichos capitales sus tasas de ganancias, valiéndose e intensificando la superexplotación a que se encuentra sometida la fuerza de trabajo en los países capitalistas dependientes.

Por consiguiente, desde una perspectiva general, la tendencia de estos últimos años al estancamiento de la economía latinoamericana con persistencia del fenómeno inflacionario es producto de esta crisis prolongada del capitalismo a escala mundial y de las profundas reestructuraciones económicas y políticas que viene impulsando el capital imperialista en la región. Vale decir, América Latina vive, en términos globales, una situación de doble crisis: por una parte, las repercusiones de la crisis capitalista mundial; por otra, los efectos de una crisis que han provocado el gran capital nacional y extranjero en su afán por imponer la reconversión de los aparatos productivos y lograr así la rearticulación de las economías del continente al nuevo esquema de división internacional del trabajo.

Pero la actual crisis del capitalismo latinoamericano obedece también al desarrollo de sus propias contradicciones. Es así cómo a partir de mediados de los años sesenta comienza a manifestarse en las economías de la región un agotamiento en los procesos de reproducción del capital y una caída en las tasas de ganancia, a la vez que un acelerado deterioro en la relación entre producción y consumo, en base a una progresiva exclusión de las masas populares del mercado interno.

Lo anterior se traduce en una explosiva activación de la lucha de clases, a lo que contribuye asimismo el triunfo del proceso revolucionario cubano. La intensificación de las disputas interburguesas y un movimiento de masas en ascenso, que va poniendo en cuestión la esencia misma de la acumulación capitalista dependiente, vale decir, la superexplotación de los trabajadores, inciden significativamente precipitando la crisis al producirse desajustes adicionales en los aparatos productivos y obstrucciones en los procesos de acumulación. En muchos países del continente, particularmente en los del

Cono Sur, la crisis económica se extiende rápidamente al sistema de dominación en su conjunto, llegándose incluso hasta la emergencia de regímenes de orientación popular sustentados por amplias movilizaciones de masas.

Coincidente con este período en América Latina, la crisis también irrumpe en el panorama internacional mientras el imperialismo norteamericano sufre severas derrotas a manos de las fuerzas revolucionarias en el Sudeste Asiático y África. De esta forma, para enfrentar la crisis latinoamericana, Estados Unidos pone en tensión su estrategia de contrainsurgencia, planeada y utilizada en operaciones preventivas desde hacía varios años. Su aplicación se traduce en una política contrarrevolucionaria global para la región, cuyos objetivos son desarticular y contener el avance del movimiento de masas, recomponer el sistema de dominación y resolver el agotamiento de la acumulación capitalista dependiente que hasta entonces se había fundado predominantemente en un esquema sustitutivo de importaciones asociado al capital imperialista.

El carácter necesariamente represivo y antipopular de dicha política se expresa en la acelerada militarización de los Estados latinoamericanos e, incluso, en sucesivos golpes de Estado que dan origen a regímenes propiamente militares.

La política económica de la contrarrevolución pasa a asumir así tres tipos de tareas fundamentales:

- 1) Elevar la tasa de explotación, restituyendo la participación burguesa en el ingreso.
- 2) Redefinir en el seno de las clases dominantes la fracción dirigente del nuevo modelo de reproducción del capital.
- 3) Reestructurar el aparato productivo.

Esta política es impulsada por el imperialismo norteamericano y sus aliados principalmente a través del FMI, en lo que respecta a las medidas de corto y mediano plazo y, en sus objetivos estructurales de largo aliento, a través del Banco Mundial, el BID y otros organismos financieros oficiales y privados. En ella, estos tres órdenes de tareas adquieren diferentes modalidades de implementación en cada país, de acuerdo a los niveles de extensión y profundidad alcanzados por la crisis en las diversas economías y a los grados de agudización de la lucha de clases. En Chile, por ejemplo, la debilidad histórica del capitalismo, la magnitud de su crisis y de la polarización de las contradicciones de clase se traducen en un proceso contrarrevolucionario que asume con particular rigor estos tres grandes objetivos de la política económica imperialista. Una situación relativamente similar se da en Bolivia, Uruguay, Argentina y Perú. Por su parte, Brasil, decano en este proceso, al iniciarlo en un momento de menores dificultades para el capitalismo y disponer de un mercado interno mucho más amplio y diversificado, puede concretar tal política con mayores márgenes de maniobra y ventajas que las restantes naciones latinoamericanas. En México, Venezuela y Colombia, donde la crisis no llega a comprometer al sistema de dominación en su conjunto y las burguesías mantienen su capacidad de asegurarlo, se hace posible implementar la nueva política económica en un proceso de continuidad con las anteriores que permite mucha mayor flexibilidad, incluso hasta en las relaciones de clase, dándose casos como el de México, con una capacidad bastante amplia por parte del Estado en la dominación y control del movimiento de masas.

La elevación de la tasa de explotación en las economías latinoamericanas se expresa fundamentalmente en una redistribución regresiva del ingreso. Vale decir, se inicia un proceso de significativas reducciones en la participación de los asalariados en el producto, agudizándose aún más el divorcio entre la producción y las necesidades de consumo de las masas.

Para lograrlo, en la mayoría de los países se implementa una política de contención salarial y de reajustes de precios. Dichos reajustes se justifican con la argumentación de que se trata de nivelarlos a sus costos reales, lo que significa la restricción o retiro del subsidio estatal a muchos productos, particularmente a los de consumo popular básico, que experimentan alzas espectaculares.

En aquellos países, como Chile, Perú y Argentina, donde las luchas y reivindicaciones del movimiento de masas trasciende la esfera de la circulación y penetran en la producción, forzando al Estado con medidas expropiatorias y nacionalizaciones de ciertas empresas, la restitución de la participación de las clases dominantes en la economía adquiere las proporciones de una verdadera restauración burguesa con masivas reprivati-

zaciones de empresas productivas, comerciales y financieras, bancos, predios agrícolas, e inusitadas facilidades al capital extranjero.

Todas estas medidas apuntan a dos objetivos fundamentales: reafirmar en el plano económico la correlación de fuerzas del conjunto de la burguesía en cuanto clase e intensificar la superexplotación de las masas trabajadoras por la vía de un abaratamiento forzoso de la fuerza de trabajo, para lo cual se reprimen también violentamente las actividades sindicales. Respecto a este segundo objetivo, destacan los casos de Argentina y Chile. En Argentina se estima que el proletariado perdió, tan sólo durante 1977, alrededor de 5.400 millones de dólares en su poder adquisitivo, mientras que en Chile, con una cantidad mucho menor de trabajadores, se calcula que dicha pérdida asciende a los 8.000 millones de dólares para el período 1973-1977.

La definición de las fracciones burguesas llamadas a dirigir y hegemonizar el proceso surge de la implementación de las políticas "estabilizadoras" impulsadas con insistencia por el FMI en la región. Basadas dichas políticas en las concepciones monetaristas de Milton Friedman y su "escuela de Chicago", sus medidas antiinflacionarias, de contracción de la demanda interna por la vía de reducir el gasto público y contener los salarios, provocan la necesaria recesión requerida por el gran capital en los mercados internos para proceder a una intensa centralización y concentración de capitales. Con ritmos de intensidad diversos, se asiste así, en casi todos los países, a un amplio proceso de redistribución del capital en favor de las fracciones monopolíticas ligadas al gran capital financiero nacional y extranjero, proceso que da lugar a sucesivas quiebras y absorciones de empresas productivas, comerciales y financieras.

Por otra parte, el acelerado endeudamiento externo de América Latina y especial dinamismo que presentan los mercados de capitales tienen de trasfondo la progresiva hegemonía del capital financiero en el nuevo modelo de reproducción del capital. En efecto, durante la última década la deuda externa de la región se ha cuadruplicado hasta sobrepasar los 40.000 millones de dólares sólo con bancos comerciales, estimándose la cifra global para 1977 en 98.000 millones de dólares, es decir, en alrededor del 40% de toda la deuda contraída por los países capitalistas dependientes, que llegó en ese mismo año a los 250.000 millones de dólares.

AMERICA LATINA DEUDA EXTERNA GLOBAL (en millones de dólares)

Años	Montos	Porcentajes aumento respecto 1970
1970	21.000	
1971	24.000	14
1972	30.000	43
1973	36.000	71
1974	47.000	124
1975	58.000	176
1976	70.000	233
1977	98.000	366

Fuente: Estimaciones realizadas sobre la base de datos del Banco Mundial, BID, BIRF, y de cifras oficiales de los gobiernos latinoamericanos.

Así, en apenas siete años, América Latina ha experimentado un espectacular aumento de aproximadamente 366% en su deuda externa global. Los mayores deudores son Brasil, México y Argentina, cuya deuda conjunta suma 60.000 millones de dólares, el 61% de la deuda total de la región. A su vez, México y Brasil son los mayores deudores del continente con respecto a la banca norteamericana, ocupando mundialmente el correspondiente tercer y cuarto lugar, tras Gran Bretaña y Japón. De un total de 64.210 millones de dólares prestados por dicha banca en 1977, México y Brasil participan con 11.300 y 10.600 millones de dólares, respectivamente, lo que implica una participación conjunta del orden del 13%.

En consecuencia, el hecho de que los mayores deudores de la región sean asimismo los países de mayor desarrollo económico relativo, con la más alta participación en el producto latinoamericano (en términos aproximados, Brasil con un 32%, México con un 25 y Argentina con un 13., llegando conjuntamente los tres a alrededor del 70%), evidencia el carácter hegemónico que ha ido asumiendo el capital financiero en América Latina a través de un proceso de reproducción del capital en el que el endeudamiento y crecimiento económico constituyen dos caras de una misma moneda.

La reestructuración del aparato productivo latinoamericano constituye para el capital imperialista un aspecto importante de su estrategia anticrisis. La transferencia a la región de aquellos rubros productivos que han llegado a bajos niveles de productividad en las economías centrales permite que la tendencia decreciente en las tasas de ganancia de dichos capitales pueda ser compensada con las cuotas adicionales de plusvalía que la intensificación de la superexplotación de la fuerza de trabajo posibilita lograr; ello, sobre la base del abaratamiento forzoso de la mano de obra, obtenido por el ejercicio de la represión sobre el movimiento de masas.

Esta reestructuración busca implantar un cierto grado de especialización en las economías latinoamericanas. Vale decir, se trata de lograr que su participación en el mercado mundial capitalista sólo se realice a través de aquellos rubros de exportación cuya producción presenta altos niveles de competitividad internacional, determinados por las ventajas comparativas de que cada país disponga para desarrollarlos.

El comportamiento del producto en 1977, cuando ya la reestructuración está llevándose a cabo en la mayoría de los países, permite ir visualizando sus principales tendencias.

Así, según CEPAL, destacan los aumentos de alrededor del 5,5% en la agricultura, la minería y la construcción, superiores al promedio general, que fue de 4,4%. Los servicios experimentan un crecimiento aún mayor, con un 6,6%; en cambio, la industria manufacturera registra la más baja tasa, con un 3,5.

El porcentaje de 5,3 con que creció la actividad agropecuaria, que prácticamente triplicó la de 1976, contribuyeron significativamente Argentina, Chile, Venezuela y México, que logró recuperar parcialmente su baja del año anterior.

A su vez, en la minería fueron Perú y México los países de mayor actividad, llegando a generar la minería mexicana cerca del 30% del producto minero latinoamericano. En cambio, en Chile dicho producto se expandió a un ritmo mucho menor que el habitual.

La baja en el crecimiento de la industria manufacturera estuvo determinada por la brusca caída de Brasil que, luego de aumentar en más del 10% en 1976, durante 1977 sólo llegó al 2. Tanto por la magnitud de esta baja como por la alta participación brasileña en dicho rubro productivo, los aumentos parciales que obtuvieron Argentina y México en el sector no alcanzaron a contrarrestar la caída de Brasil en el promedio general. Sin embargo, contrariamente al débil crecimiento industrial de Brasil, Argentina y México, y a la disminución experimentada por Perú, la producción manufacturera subió intensamente en la mayoría de las economías centroamericanas, alcanzando en Guatemala y Honduras, por segundo año consecutivo, un crecimiento de alrededor del 11%, y en Costa Rica un porcentaje similar para 1977, luego de un 6% en 1976. No obstante, la mayor expansión industrial la presentaron Ecuador, que, por cinco años, aumentó a una tasa media anual de 14%, y Venezuela, con una actividad industrial que ha crecido aproximadamente en un 50% en los últimos cuatro años.

En la expansión de la construcción en América Latina contribuyeron significativamente Paraguay (con un 32%, debido al impulso que le ha reportado la construcción de la represa de Itaipú), Guatemala (18), Venezuela (17) y Brasil.

El desarrollo de los servicios fue bastante alto en países petroleros como Venezuela, Ecuador, Bolivia y Trinidad Tobago, en la mayoría de los centroamericanos y en Paraguay, siendo normal en los restantes, con excepción de Panamá y Haití.

Por otra parte, adquirió especial importancia durante 1978 la producción siderúrgica que, en los meses de enero a julio, tuvo un 8,2% de aumento en relación a igual período de 1977. Destacan las tasas de crecimiento de México (23,6%), Chile (14,1), Colombia (12,8), Centroamérica (12,5%), Brasil (10,6%) y Ecuador (7,9). En cambio, Venezuela, Uruguay, Argentina y Perú experimentaron disminuciones en tal actividad con tasas de -16,9, -15,8, -15,6 y -7,6%, respectivamente.

Según cifras preliminares proporcionadas por los propios países, la industria manufacturera ha presentado durante 1978 una recuperación significativa en México y Brasil,

siendo que en este último el crecimiento estuvo determinado de manera importante por el comportamiento de la industria automotriz. Ello contrasta con la situación de Argentina, en donde el año pasado la General Motors anunció el cese de su producción, al tiempo que la FIAT daba a conocer también la transferencia de su polo automotriz en Latinoamérica hacia Brasil.

Es posible concluir, en suma, que la crisis por la que atraviesa actualmente América Latina es simultáneamente coyuntural y estructural. A la vez que expresa la fase depresiva del ciclo económico, que se corresponde *grosso modo* con el movimiento cíclico de la economía capitalista mundial, la crisis representa también el agotamiento de un patrón de reproducción del capital —que se basaba en lo esencial en la exportación de algunos productos tradicionales y en la industrialización sustitutiva de importaciones para el mercado interno— y el paso a un patrón distinto, cuyo rasgo distintivo es la especialización productiva, tanto en el plano de la producción de materias primas y alimentos como en el de la industria manufacturera, en función de las exigencias del mercado mundial, lo que implica la supeditación y aun, en una amplia medida, la eliminación progresiva de la producción para el mercado interno. Ello se corresponde con la acentuación de la integración del gran capital nacional al capital internacional, principalmente por la vía del capital financiero y con la presencia activa en ese proceso del Estado nacional.

La especialización productiva y la participación en la nueva división del trabajo, por un lado, así como la interpenetración creciente del capital nacional e internacional, público y privado, por el otro, no son, pues, sino la expresión concreta de la culminación de la fase de la integración imperialista de los sistemas de producción, que se inició tras la segunda guerra mundial, en lo que a la región se refiere. En su conjunto, el proceso implica una redefinición de la división regional del trabajo (como la que se hizo notar respecto a la industria automotriz, la cual, en el Cono Sur, tras ser liquidada en Chile, comienza a serlo también en Argentina, reservándose al parecer únicamente a Brasil), que acarrea cambios en las relaciones internacionales entre los países latinoamericanos, lo que se manifiesta en la agudización de pugnas entre ellos, para obtener mejores posiciones en el reparto mundial de riqueza y poder, y en el reforzamiento de las tendencias subimperialistas por parte de algunos de ellos.

En el plano interno, la crisis estructural conlleva la readecuación de los bloques dominantes, con la afirmación de las fracciones monopólicas y el creciente predominio del capital financiero en su seno, así como el desplazamiento de fracciones del gran capital y una mayor supeditación de la burguesía mediana y pequeña; todo ello conduce a la acentuación de la lucha política interburguesa, por la importancia que el control, o por lo menos la influencia sobre el Estado, cobra para las partes en pugna. La crisis estructural implica también la necesidad de reforzar la dominación sobre la clase obrera, para mantener la superexplotación del trabajo, como condición para competir en el plano regional e internacional, tanto en lo que se refiere a la atracción de capitales como en lo que respecta a la conquista de mercados.

Sin embargo, las relaciones con la clase obrera presentan dos elementos particulares: primero, el hecho de que ésta ha adquirido una mayor capacidad de resistencia, en el último período, lo que obliga a que el reforzamiento de la dominación no pueda basarse en el mero ejercicio de la fuerza y más bien imponga la búsqueda de fórmulas que la disfracen e intenten legitimarla; segundo, el que la superexplotación, unida a la modernización tecnológica, a la especialización productiva y la competitividad internacional, acentúa la tendencia al crecimiento del ejército industrial de reserva, lo que asume ya características alarmantes en la región, una vez que el desempleo abierto y disfrazado alcanza cifras que se acercan, y en ciertos casos rebasan, a la mitad de la fuerza de trabajo. Ello se combina con la aceleración del proceso de proletarianización de las masas campesinas y de la pequeña burguesía urbana, al paso que la pequeña burguesía no propietaria de las ciudades, en particular la asalariada, sufre la acción de la política anticíclica que practican los gobiernos burgueses y pierde posiciones en los reacomodos que se van produciendo al interior de los sistemas de dominación.

En su conjunto, esta situación augura la agudización de las contradicciones sociales y el consecuente desarrollo de la lucha de clases en toda América Latina, lo que puede llevar a que la presente crisis estructural se traduzca en la emergencia de movimientos

revolucionarios bajo dirección obrera, pero de amplia base social, capaces de convertir la transición a un nuevo patrón de reproducción del capital en el desencadenamiento de nuevas olas de la revolución proletaria y socialista en la región.

III. LA COYUNTURA POLITICA

1. Marco general de la estrategia imperialista

El imperialismo norteamericano, luego de los fracasos sufridos en los planos de la distensión y la contrainsurgencia, pretende conformar un nuevo esquema de fuerzas que le permita pasar a la ofensiva en el plano internacional. En este esquema, centro-periferia, el centro o zona central sería el polo en el cual se concentrarían las tensiones y la periferia estaría constituida por el conjunto de regiones en las cuales se privilegiarían las soluciones políticas por sobre las soluciones puramente militares, convirtiéndolas de esta forma en regiones pacificadas, regidas por los planteamientos políticos militares de la zona central. La consigna es "enfriar las zonas calientes".

En este nuevo esquema, la multipolaridad que había venido implementándose en el campo occidental, sólo queda relegada a la zona central y bajo hegemonía norteamericana.

Las líneas de acción tendientes a generar el nuevo esquema son:

— Acrecentar el poderío militar de Estados Unidos y sus aliados.

— Fortalecer la OTAN.

— Reestructurar los flancos de la OTAN.

— Convertir a Europa nuevamente en la punta de lanza de las ofensivas imperialistas.

— Dar respuestas políticas más que militares en las regiones periféricas, en la búsqueda de consolidar la contrarrevolución haciendo concesiones.

Política agresiva en el centro, política pacificadora en la periferia, son las dos caras de la estrategia del imperialismo, de las cuales Brzezinski y Young son sus exponentes.

Tal es la estrategia de "paz con fuerza" que, en definitiva, es la concepción de Kissinger en torno a la guerra fría, complementada por Carter con la aplicación de la contrainsurgencia en su fase propiamente política.

La tesis de la ingobernabilidad de las democracias y el terror a que los países socialistas asuman una política fuertemente activa a nivel global, los lleva a redefinir, en términos de mayor dureza, su política internacional, en el marco de correlación de fuerza desfavorable para ellos.

Si bien esta estrategia ha conseguido logros de importancia, también ha evidenciado a lo largo de los dos años —y, sobre todo, en los últimos nueve meses— sus enormes limitaciones. Estas limitaciones van expresando que el imperialismo es incapaz de detener el avance de la revolución internacional.

Los avances imperialistas se aprecian en la superación de las dificultades que encontraba su política de fortalecimiento de la OTAN, Estados Unidos ha logrado arrastrar tras su estrategia armamentista a los principales países de Europa Occidental y a Japón, el cual avanza notablemente en la reconstrucción de su poder militar. El rol jugado por los partidos eurocomunistas ha sido un elemento favorable a la estrategia imperialista, permitiendo maniobras a las clases dominantes a su favor en el sentido de aminorar sus costos en la crisis económica actual, evitando las crisis políticas.

Otro avance de la estrategia imperialista arranca del aprovechamiento de contradicciones a nivel de los países socialistas.

Las divergencias de Rumania con los acuerdos del Pacto de Varsovia en relación con gastos militares, y el restablecimiento de relaciones con China, deben ser considerados como éxitos imperialistas.

El objetivo político fundamental del restablecimiento de relaciones con China va orientado a generar un cerco sobre la URSS y el Pacto de Varsovia. China se convierte en esta forma en el aliado principal de la OTAN, ocupando un lugar destacado en las filas de la contrarrevolución a nivel internacional.

Los avances imperialistas en Europa, en el fortalecimiento de flancos de la OTAN, la consecución de nuevos aliados como China y Egipto, repercuten en la correlación de fuerzas internacional; pero, si bien le permiten endurecer sus relaciones en el centro, la ofensiva obliga a estrechar filas en el campo socialista, cuestión que se expresa en pactos de asistencia y cooperación (URSS-Vietnam); incorporación de nuevos países al COMECON (Etiopía y Afganistán); reiteración de la posición internacional de Cuba (discurso Fidel XX Aniversario).

Sin embargo, la estrategia de fortalecimiento de flancos ha tenido reveses importantes, como las derrotas en Etiopía, Afganistán y la derrota en Irán, mucho más trascendente por el rol que jugaba este país en el esquema ofensivo-defensivo imperialista.

Tampoco ha sido muy exitosa la política orientada a desconflar las regiones periféricas.

Es así cómo en Africa siguen vigentes los problemas rhodesiano y sudafricano, sin que el imperialismo haya conseguido soluciones que pacifiquen a la región.

En Medio Oriente, si bien ha tenido éxitos —incorporación de Egipto al bloque contrarrevolucionario, marginación de la URSS y la OLP en las negociaciones—, éstos han sido neutralizados por el alineamiento creciente de las fuerzas progresistas, por el rebrote de influencia del bloque socialista, por la estrepitosa derrota de Irán y por la imposibilidad de arrastrar a los países moderados al bloque imperialista-sionista.

En América Latina, la política de apaciguamiento de la periferia ha mostrado sus mayores limitaciones. Allí, los principales focos fueron ubicados por el Departamento de Estado en las dictaduras militares, en el Canal de Panamá, en la indefinición del status de Puerto Rico y en la presencia de un país socialista e internacionalista: Cuba Socialista.

Nicaragua, al igual que Irán, sorprendió al Departamento de Estado y al Pentágono. La crisis mundial que asola al capitalismo ha tenido algunas expresiones en América Latina, restando posibilidades materiales de afianzamiento al proyecto de "democratización" impulsado por el imperialismo para la región.

Las maniobras de las clases dominantes se ven enfrentadas al repunte generalizado del movimiento de masas, todo lo cual apunta —más que a una pacificación y enfriamiento de la lucha de clases— a un ascenso de los enfrentamientos sociales. El avance —aún desigual— de las organizaciones revolucionarias y las fuerzas de reserva mostradas por las masas de la región, pondrán en vastas zonas, en duros aprietos a la estrategia imperialista y a las burbuesías criollas. Nicaragua es sólo el toque de alarma de lo que se avecina.

Los reveses sufridos por la política exterior imperialista se han visto agravados por la situación interna en que, al auge de movilizaciones de masas —particularmente automotrices y metalúrgicas— se suma el problema de los chicanos y las minorías raciales.

En estas circunstancias, y teniendo presente el afán contrarrevolucionario renovado del imperialismo, la lucha de clases a escala mundial deberá volverse aún más aguda y violenta, planteando de un lado y otro, el uso abierto de la fuerza para solucionar los conflictos existentes.

2. La situación en Europa, Asia, Africa y Medio Oriente

En la medida que en Europa Occidental se agotan las condiciones políticas que permitieron el avance del proyecto norteamericano, se evidencian signos de convulsión social que tienden a configurar una situación semejante a los finales de la década del 60 y comienzos de los 70.

En Alemania, Francia, Inglaterra, Italia, España, los conflictos sindicales y las luchas populares aumentan progresivamente, llegando en Inglaterra a constituirse en las mayores movilizaciones de los últimos diez años.

Las masas se levantan frente a los efectos de la crisis y a las maniobras de las clases dominantes por descargar los costos sobre los sectores populares.

Los conflictos a nivel de las clases dominantes y los roces entre las diferentes potencias en torno al Parlamento Europeo, permiten que las masas vayan encontrando resquicios que ir ampliando en su avance. Alemania Federal, en la búsqueda de su hegemonía, pretende jugar un nuevo papel en Europa, Africa y América Latina —galopando en el caballo de la socialdemocracia—, impulsando proyectos como el Sistema

Monetario Europeo, o como su versión del Parlamento Europeo, e incrementando sus gastos militares.

La socialdemocratización de los partidos eurocomunistas ha generado una situación favorable a las maniobras de las clases dominantes, en el marco de su estrategia de ir al fortalecimiento de las democracias debilitadas.

Esto, unido a la práctica inexistencia o ningún peso de la izquierda revolucionaria europea, genera una situación de vacío de conducción política de las luchas de las masas, que impide a éstas avanzar más allá de sus reivindicaciones inmediatas.

En Japón también se perfilan tendencias hegemónicas, asumiendo el rol de gendarme del Pacífico. Hacia esos objetivos apuntan los planteamientos del nuevo Primer Ministro Ohira —representante de los sectores más reaccionarios—, así como la creciente militarización y los pactos China-Japón.

El establecimiento de relaciones de la República Popular China con Estados Unidos le asigna a China un papel de primera línea en la contrarrevolución y constituye uno de los logros más importantes de la política de recomposición de fuerzas del imperialismo.

La agresión a Viet Nam constituye un indicador del abismo que se ha generado entre los dirigentes chinos y la revolución y es un toque de alarma para las fuerzas revolucionarias.

Como contrapartida, tenemos, por un lado, en el Sudeste Asiático, la caída de Pol Pot en Kampuchea, el desenlace de la guerra chino-vietnamita y las alianzas Viet Nam, Laos, Kampuchea, y por otro, en el Subcontinente Indio, el auge de movilizaciones campesinas y los acuerdos Indio-URSS. Todo ello tiende a recuperar fuerzas a favor de la revolución.

En Africa, a pesar de los intentos del imperialismo por enfriar la situación, los conflictos se mantienen en Rhodesia y Namibia, con ofensivas sostenidas de ZANU, ZAPU y SWAPO, respectivamente.

En Irán, la caída del Sha constituye uno de los hechos históricos más relevantes de los últimos años, el cual viene a alterar profundamente la correlación de fuerzas en la zona. Si bien el imperialismo tenderá a reemplazar el rol de gendarme de Irán a través de Egipto, es indudable que tanto desde el punto de vista de su situación geográfica como desde el punto de vista de su economía, tal reemplazo es imposible.

La situación generada en Irán permitió a la izquierda revolucionaria una importante acumulación de fuerza, lo que abre paso a posibilidades de avance revolucionario, así como también abre perspectivas de tal avance en el conjunto de la región.

En el Medio Oriente destaca el aislamiento de Sadat luego de su traición al mundo árabe. A pesar de las presiones imperialistas, Arabia Saudita y Jordania se han resistido a negociar, paralelo a lo cual se va fortaleciendo el agrupamiento de las fuerzas árabes prevaleciendo la tendencia a la línea dura. En ese marco se inscribe el acercamiento Siria-Irak, que puede llevar a la incorporación de Irak al Frente de la Firmeza. El acercamiento Siria -URSS agrega elementos desfavorables a los intereses sionistas que, como contrapartida, orientan provocaciones hacia Libia —concentrando tropas egipcias en sus fronteras— y hacia el Líbano y Siria, incurriendo con tropas israelíes.

Es evidente que, si bien el imperialismo ha logrado éxitos importantes en algunas regiones, ellos no consiguen revertir la tendencia al avance de las fuerzas de la revolución. Esto queda demostrado en su incapacidad para constituir por el momento las bases para una contraofensiva general, dentro del esquema centro-periferia.

La tendencia a la agudización de las pugnas interimperialistas, la ruptura de flancos de la OTAN tan importantes como Irán y al auge de masas —a pesar de la cuestión China y del fortalecimiento de la OTAN en Turquía, Japón y Sudáfrica—, establecen una situación favorable a la lucha revolucionaria.

3. América Latina

a) El proyecto de institucionalización de la contrarrevolución

A partir de 1964, se abre en América Latina un período de contrarrevolución burguesa e imperialista, que responde a las necesidades de enfrentar la crisis de dominación que provocó el ascenso del movimiento de masas de la década pasada y comienzos de la presente, y salir al paso a la crisis económica capitalista. Este período

comienza con el golpe de estado en Brasil en 1964, se agudiza con la caída del general Torres en Bolivia en 1971 y culmina su primer ciclo expansivo con el golpe militar en marzo de 1976 en Argentina, extendiéndose en el curso de ese año al resto del continente con la derechización de los gobiernos de Perú, Ecuador, Colombia y México. El período de contrarrevolución se caracteriza por la creciente hegemonía del gran capital en el Estado, la aplicación sistemática de la contrainsurgencia como principal recurso de dominación política, la consecuente militarización del aparato estatal y la agudización de la superexplotación del trabajo. Sobre esta base, el gran capital, particularmente industrial y financiero, trata de implementar su proyecto para enfrentar la crisis y acelerar el proceso de reconversión económica, extendiendo la depauperización a amplios sectores de la pequeña burguesía.

Sin embargo, la contrarrevolución no logra superar las contradicciones propias del capitalismo dependiente latinoamericano. A pesar de haber transformado sustancialmente la vida política en numerosos países, tiene que hacer frente a la agudización de la lucha de clases, puesta de manifiesto en la exacerbación de las pugnas interburguesas y, sobre todo, en la creciente reanimación de las luchas populares. La política de contrainsurgencia, aplicada sistemáticamente, si bien pudo golpear duramente al movimiento popular y a las organizaciones de izquierda, no logró aniquilarlos; de ahí la necesidad de apoyarse siempre sobre la fuerza.

Las dictaduras militares, surgidas durante esta fase en Brasil, Chile, Bolivia, Uruguay y Argentina, mostraron las limitaciones del nuevo modelo de dominación y se enfrentaron a la necesidad de hacer readecuaciones, a fin de garantizar la continuidad del proyecto contrarrevolucionario. Este proceso, llamado de "institucionalización", surge como un proyecto del gran capital y de la cúpula militar, coincidiendo con los sectores políticos más lúcidos del imperialismo norteamericano. Algunos antecedentes los encontramos en Chile, con la creación del Consejo de Estado en 1975 y, al año siguiente, en la readecuación de la comisión encargada de revisar la Constitución; en Argentina, desde el mismo golpe militar, cuando las fuerzas armadas se plantean la búsqueda de una forma de tránsito a un "régimen democrático" y la discusión sobre la legitimidad de las organizaciones sindicales. En Brasil (donde se planteara ya desde 1974), con el acercamiento de las elecciones presidenciales, las clases dominantes continuaron el proceso de discusión en torno a reformas políticas al régimen.

Pese a estas primeras manifestaciones de la tendencia a la institucionalización, los proyectos políticos que empiezan a levantarse están muy lejos de adquirir una forma acabada y enfrentan graves dificultades. De una parte, las contradicciones interburguesas en muchos países se acentúan, y de otra, subsiste el temor a la creciente reorganización del movimiento de masas. Esto explica que muchos de esos primeros pasos hacia la institucionalización no hayan tenido un curso fácil, como lo demuestra la reciente experiencia boliviana, experimentando modificaciones importantes, o como en los casos chileno y uruguayo, donde se han visto retrasados.

A principios de 1977, el imperialismo yanqui enfrentó la crisis del Medio Oriente, y tuvo que replegarse en África, después de los triunfos de la revolución en Angola y Mozambique, que continuaron la cadena de la revolución mundial. El imperialismo norteamericano tuvo entonces que reforzar su control sobre América Latina, lanzando una ofensiva continental que intentó acelerar bruscamente el proceso de institucionalización. Esta tentativa se da en el contexto de una estrategia tendiente a legitimar la política norteamericana en el continente, sus objetivos y sus métodos; garantizando además una zona "fría" en su retaguardia, para enfrentar mejor sus relaciones con los países socialistas —particularmente la Unión Soviética—. Es así que la nueva administración yanqui reinicia las negociaciones con Panamá, mejora sus vínculos con la nueva administración mexicana y toma iniciativas de negociación con Cuba. También presiona a países como Argentina, Uruguay, El Salvador y Chile, y desconoce acuerdos del gobierno de Ford, como los que dieron el carácter de potencia emergente a Brasil.

Esta política generó fricciones con algunas dictaduras, las que tomaron medidas para enfrentar conjuntamente las presiones norteamericanas. Sin embargo, al mismo tiempo, dieron nuevos pasos hacia la institucionalización, mientras que la oposición burguesa alentaba nuevas expectativas de constituirse en alternativa de recambio. Las tensiones que la nueva política norteamericana generó llevaron a que sectores de la burguesía se aproximaran, a nivel económico, a otras potencias imperialistas y corrientes políticas,

principalmente a la socialdemocracia alemana. Más adelante, este fenómeno es acentuado en el terreno político.

Ese período de choques entre las dictaduras y el imperialismo yanqui, relativamente corto, obligó a ambos a llegar a ciertos acuerdos, acercando sus posiciones en los temas centrales. De una parte, las dictaduras empezaron a fijar los plazos y metas a los procesos de institucionalización, y de otra, el imperialismo aflojó las presiones que ejercía, aceptando implícitamente las maniobras que los sectores hegemónicos de la burguesía llevaron a cabo para garantizar el control férreo del proceso político. Ejemplos de esto son el cierre temporal del parlamento brasileño en abril de 1977, la ilegalización del PDC en Chile; la represión desatada durante los procesos electorales en El Salvador, etc.

Con la firma de los Tratados del Canal de Panamá, realizada en Washington en septiembre de 1977, el gobierno de Carter legitimó sus buenas relaciones con los gorilas que asistieron a la ceremonia. Sin embargo, no todas las disputas quedaron resueltas. Persistieron sobre todo en materia de relaciones comerciales y financiamiento. Salta a la vista el caso de México, cuyo presidente se negó a asistir a Washington, expresando desacuerdos con la política de Carter en materia de comercio de gas y petróleo.

La tensión de estas relaciones aumentó al agudizarse el problema de los trabajadores migratorios mexicanos que llegan a Estados Unidos ilegalmente. Sólo hasta principios de 1979, con la visita de Carter a México, el problema de las relaciones comerciales entrará en una nueva fase de negociación, en la que sin duda el gobierno mexicano está en mejores posiciones, dada la reserva energética descubierta en el último período. El gobierno brasileño también mantuvo una posición enérgica para defender su acuerdo nuclear con la República Federal Alemana, mientras que los gobiernos militares de Bolivia y Perú manifestaron constantemente sus desacuerdos con la política norteamericana en cuanto al precio del estaño y las presiones del FMI, respectivamente.

En la presente crisis capitalista mundial, el proyecto económico de la socialdemocracia europea se ha fortalecido y consecuentemente busca nuevos cauces, aunque ello implique contradicciones secundarias con el imperialismo norteamericano. También en lo político la socialdemocracia internacional ha ganado terreno: llega al poder en Portugal, se constituye en segunda fuerza política española, al mismo tiempo que la RFA emerge como el líder de las políticas imperialistas en Europa Occidental.

Este fortalecimiento se refleja en las definiciones del Congreso de Ginebra, donde queda establecida el área latinoamericana como una de las regiones privilegiadas en sus futuras acciones de expansión. Así, la socialdemocracia lanza una ofensiva que se manifiesta en una política sumamente hábil, concretada por la visita del presidente alemán Walter Scheel a México y Costa Rica, la realización de los congresos de Caracas y México, la visita de Mario Soares a varios países del continente y los constantes viajes del secretario general del PSOE, Felipe González, a México y Venezuela. Su apoyo principal para esa penetración lo constituye el gobierno de Carlos Andrés Pérez, el que instrumentó nuevas formas de influencia en la región del Caribe y Centroamérica. En México, aunque no oficialmente, la socialdemocracia estableció lazos estrechos con el partido en el gobierno. Además logra consenso, a nivel internacional, para su política hacia América Latina y obtiene éxitos, como la llegada del PRD al gobierno de la Dominicana, con el aval norteamericano, o la aproximación de ciertas fuerzas de oposición en Bolivia, Ecuador, Chile, Argentina, etc.

El fortalecimiento de la influencia socialdemócrata en América Latina, se explica, en parte, por las dificultades del imperialismo norteamericano para llevar adelante el proceso de institucionalización, y de otra parte, por las características de la propia política socialdemócrata, cuya mayor flexibilidad la torna más viable para la conformación de un nuevo sistema de alianzas sociales de la burguesía. La socialdemocracia se presenta así como la cara más liberal de la contrarrevolución, aunque se trate de un proyecto intrínsecamente imperialista y reaccionario. Al mismo tiempo, empero, su propio juego abre un espacio político mayor, al atizar las contradicciones interburguesas. Este espacio puede ser susceptible de ser aprovechado con habilidad y precautoriamente por la izquierda y el movimiento revolucionario, según la correlación de fuerzas de cada país.

b) El desarrollo de la institucionalización y sus límites

Producido un acuerdo mínimo entre las dictaduras, las burguesías y el imperialismo, el desarrollo del proceso de institucionalización se convierte progresivamente en el

principal elemento de la política de las clases dominantes en el continente. Nuevas expresiones se hacen visibles en la derogación de ciertas leyes de excepción, que daban poderes extraordinarios a algunos ejecutivos. En Brasil, la derogación del Acta Institucional N.º 5 fue anunciada durante el período preelectoral y se abre la posibilidad de reducir la censura sobre las publicaciones, al tiempo que se anuncia la liberación de presos políticos y se permite el regreso de exiliados. Pasos tendientes a acercar la "apertura" se dan también en Perú, Ecuador, Argentina y Bolivia. Esta política se caracteriza, empero, por su carácter limitado, que deja siempre el rol hegemónico a las fracciones burguesas dominantes y legitima la presencia de los militares como principales ejecutores de su política.

Ello implica que corrientes de *oposición burguesa* intenten aprovechar el campo que se abre, capitalizando el descontento popular y tratando de constituir su base social de apoyo. Para ello, hacen esfuerzos por presentarse como la alternativa civil de recambio. Es el caso de la UDP de Siles Suazo, en Bolivia; el MDE, en Brasil; el FAO, en Nicaragua; el PR de Balbin y el FREJULI, en Argentina, así como el APRA, de Haya de la Torre, en Perú.

Pero las reformas puestas en marcha han revelado pronto su carácter restringido y antipopular, propios de todo proyecto político burgués. El proyecto de institucionalización no tiene su origen, ni muchos menos su conducción, a partir de la reanimación del movimiento de masas. Por el contrario, se plantea como el instrumento actual de la gran burguesía para mediatizar la lucha democrática de las masas trabajadoras y con esto consolidar el proyecto político del capital monopólico en el continente.

El proyecto de institucionalización tiene como uno de sus objetivos principales el lograr un consenso mínimo de la población, que sea la base de la estabilidad del actual régimen político. Sin embargo, las posibilidades de ello, en las actuales condiciones políticas y económicas, son bastante escasas. Las perspectivas que tiene la burguesía para satisfacer medianamente las reivindicaciones inmediatas de las masas están estrechamente ligadas a las condiciones estructurales del capitalismo dependiente, al grado de profundidad y extensión de la actual crisis capitalista y al nivel alcanzado por la lucha de clases.

En el plano político, se mantiene la crisis de representatividad de los partidos políticos tradicionales de la burguesía. Estos se muestran incapaces para constituirse en el brazo ejecutor de los intereses de las clases dominantes, toda vez que carecen de una base social amplia y sólida. En muchos casos, la oposición burguesa entra entonces a intervenir políticamente a través de sus organismos gremiales o de algunos medios de comunicación masiva. Mientras que los sectores hegemónicos encuentran en las FFAA su principal órgano de expresión.

Del mismo modo, en tanto que la crisis de representatividad es grave, los *mecanismos electorales* han perdido eficacia, si bien el año 1978 estuvo marcado por ellos. El alto índice de abstencionismo es ya un problema permanente en países como Colombia, Nicaragua y México, al tiempo que los votos en blanco crecen en Brasil, donde el sufragio es obligatorio. En otros casos, ante la incapacidad de atraer una cantidad suficiente de electores, la burguesía recurre al fraude electoral. De ello hablan las imposiciones de los generales Humberto Molina, en El Salvador, y Romeo Lucas, en Guatemala; la del General Pereda, en Bolivia; así como la del general Flores Curiel, en el gobierno del Estado de Nayarit, en México. Los militares pusieron diferentes obstáculos y amenazas a los procesos electorales en la Dominicana y Ecuador. De particular importancia es el caso de El Salvador, ya que el triunfo del candidato de la Unión Nacional de Oposición (UNO) fue evidente a todas luces y el fraude provocó amplias movilizaciones de masas jamás vistas en este país. La salida represiva que el gobierno dio a esta situación es producto de la crisis que afecta a los países del área.

El caso boliviano es aleccionador, por varias razones. En primer lugar, porque las elecciones, como la amnistía total, fueron arrancadas a la burguesía por las movilizaciones populares. Las reformas políticas, en este caso, fueron antes y más allá de lo que la burguesía se proponía. Allí, la lucha de masas arrebató al gobierno militar concesiones que no tenía previstas, ganando un espacio político mayor para sus acciones. Por ello, ante la imposibilidad de sostener el fraude, las clases dominantes no tuvieron otra salida que la del cuartelazo, que llevó al gobierno al general Pereda. Este gobierno tuvo corta duración, porque no fue capaz de calmar el descontento político, que auguraba una crisis mayor. Esto llevó a otro cambio de gobierno, ocupando la presidencia el general Padilla a

finis de 1978. De hecho, aunque se han anunciado nuevos comicios para 1979, las posibilidades de una nueva crisis no están lejanas. Sólo contribuiría a borrar este fantasma la división de la izquierda y la subordinación a la burguesía, que ocasiona el acercamiento de Siles Suazo a las políticas de la socialdemocracia.

Por una razón como esta, y bajo una aguda crisis económica y gran actividad de masas, el proceso de institucionalización en Perú no ha sufrido mayores tropiezos. En las elecciones para la Asamblea Constituyente, el APRA se convirtió en el partido mayoritario. En contubernio con sectores militares, encamina su política de la mediatización del movimiento popular. Ello hace que, por el momento, el gobierno de Morales Bermúdez no haya tenido que recurrir a la disolución de la Constituyente, como había amenazado antes de los comicios.

Sólo en algunos países, los menos, las elecciones no han implicado trastornos (Panamá y Jamaica), pues, en otros, como Venezuela y Costa Rica, significaron el desplazamiento de partidos socialdemócratas en el gobierno.

Como resultado de la crisis de representatividad y de la militarización del Estado en Latinoamérica, las contradicciones interburguesas han tendido a manifestarse con fuerza en el seno de las FFAA. Puntos álgidos de este fenómeno son los sucesivos golpes militares en Bolivia durante 1978, las disputas militares en Guatemala por las elecciones presidenciales, la salida de Badora del gobierno militar uruguayo, las pugnas en la junta militar argentina y el retiro de Massera, el intento de golpe de estado de Frotta y las purgas de oficiales en Brasil, antes de las elecciones para presidente, así como la salida del general Gustavo Leigh de la junta militar chilena y la renuncia simultánea de 18 generales de la Fuerza Aérea.

Todas estas expresiones del proceso de institucionalización tienden a mostrar el férreo control que las *fracciones hegemónicas* tratan de mantener sobre el proceso, aun a pesar de las pugnas interburguesas. También a este nivel, las reformas manifiestan su corto alcance. El triunfo del general Figueiredo, al ser designado candidato oficial de ARENA y luego presidente de Brasil, es al mismo tiempo una victoria de los sectores de empresarios y militares que proyectan una apertura política restringida, cuya base radica en mantener las medidas de control sobre el movimiento obrero. Se plantea, así, sólo la apertura relativa para algunos sectores de la burguesía y la pequeña burguesía y para algunas actividades específicas. Lo que no trastoca el carácter fundamentalmente represivo del régimen.

En México, la reforma política, puesta en marcha por el gobierno de López Portillo, no rebasa el ámbito electoral, y se limita a conceder registro condicionado a algunos partidos políticos de oposición. Esta reforma deja intacta la antigua estructura del partido oficial, que le asegura el control a través de la corrupción, el chantaje y la represión.

En otros países, como Chile y Uruguay, la institucionalización se ha visto retrasada por un largo tiempo. Recién últimamente, con las presiones de la ORIT y del imperialismo, la junta militar pinochetista decidió hacer algunas modificaciones en el terreno laboral, para mejorar su imagen. Estas no significan un cambio importante de la situación represiva que pesa sobre los obreros, como tampoco lo que fue la llamada "disolución" de la Dirección Nacional de Inteligencia (DINA), al crearse la Central Nacional de Informaciones (CNI).

Pero el carácter reaccionario y restringido de la institucionalización se pone de manifiesto más claramente en la represión al "movimiento de masas". En Guatemala, Brasil, El Salvador, Nicaragua, Colombia, etc., las actividades de las bandas terroristas y de corporaciones de la policía política se han incrementado, perfeccionando sus métodos y modernizando sus equipos. Nuevos instrumentos legales de represión, como el Estatuto de Seguridad, en Colombia, han sido impuestos por la burguesía. Y, en aquellos países donde el auge de masas cobró mayor fuerza amenazando el sistema, el aparato de contrainsurgencia fue lanzado con toda su fuerza. Tal es el caso, por ejemplo, de Nicaragua, donde la masacre somocista contó con el silencio cómplice del Departamento de Estado.

En Perú, la represión militar-empresarial fue la única respuesta de las clases dominantes frente a las cuatro huelgas generales efectuadas desde julio de 1977 hasta el mes de enero de este año. Una situación similar ocurrió en Colombia, durante el Paro Cívico Nacional, y en Ecuador, con motivo de la huelga general de 1977; en El Salvador, para defender la consumación del fraude electoral, y en Guatemala, por el amotinamiento

de octubre de 1978. De menor extensión, pero con el mismo objetivo, fueron las ofensivas represivas en México, a propósito de la huelga de los electricistas (1976), el conflicto estudiantil y popular de Oaxaca y la huelga de la Universidad Nacional (1977). En Colombia continúa el Estado de Sitio, mientras que en Chile asumió la forma de Estado de Emergencia.

El carácter antipopular de la apertura se va acentuando por las dificultades para superar la *crisis económica*. Las medidas antiobreras, tomadas por gobiernos que algunos sectores de la izquierda llegaron a considerar progresistas, están a la orden del día. Así ocurre en México, con la "Alianza para la Producción", en Venezuela y Perú, con las leyes de estabilidad laboral y otras medidas en contra de las luchas reivindicativas de los trabajadores.

Todas estas dificultades auguran enormes tropiezos al proyecto de institucionalización de la contrarrevolución. De hecho, en ninguno de los países que atraviesan este proceso ha logrado cuajar un nuevo modelo de dominación más estable para el gran capital. El mentís más contundente a la prolongada vida que se daba a la contrarrevolución es, sin duda, la insurrección popular de Nicaragua y la ascendente lucha de la clase obrera en diferentes países. Estos hechos demuestran que los principales obstáculos para la política burguesa e imperialista en la zona vendrán de lo que el movimiento popular revolucionario pueda hacer, levantando su propia alternativa política. Es por ello que el creciente y radical ascenso de las masas trabajadoras es, hoy, un fenómeno de la mayor importancia para la situación política actual y futura de Latinoamérica. El que esto se transforme en un acortamiento del período contrarrevolucionario y se abra camino a la revolución proletaria dependerá, en buena parte, del desarrollo de la izquierda revolucionaria, como vanguardia real de las masas y de los avances en términos de coordinación regional y continental.

c) *La gestación de una alternativa revolucionaria*

Las *características* más sobresalientes de la reactivación del movimiento de masas, iniciada desde mediados de 1976, son, por lo menos en los casos más significativos, el papel de vanguardia que ha jugado la clase obrera, la masiva incorporación de la pequeña burguesía a las luchas económicas y políticas, la radicalización de las acciones de masas y el fortalecimiento de las organizaciones revolucionarias. Estas características corresponden a la fase actual de la lucha de clases, al grado y las formas de desarrollo del capitalismo dependiente, a la magnitud y profundidad de la crisis, a las formas contrarrevolucionarias de la dominación política, lo mismo que al desarrollo de la clase obrera, a la actualidad de la revolución proletaria y a su estrecha vinculación con la lucha democrática de masas.

La *lucha reivindicativa y democrática* de las masas populares ha sido, en los últimos años, la plataforma de despegue del punto más hondo del reflujó. A través del enfrentamiento constante a las formas más agudas de superexplotación y terror, el movimiento de masas ha ido recobrando el terreno perdido. En la medida que esto mismo implica el enfrentamiento con el aparato de contrainsurgencia, el movimiento de masas ha tenido que dar pasos adelante, multiplicando las formas de organización y lucha, debiendo llegar a niveles superiores y ejerciendo la violencia revolucionaria, so pena de ser reabsorbido por el sistema. La misma huelga general ha mostrado sus limitaciones para hacer efectivos los intereses populares, viéndose, en ocasiones, ante la necesidad de dar paso a la insurrección, a la lucha callejera y a las barricadas.

El caso de Nicaragua es ilustrativo. Al lanzarse a la ofensiva, el movimiento de masas y el FSLN, en contra de la dictadura, la lucha armada apareció como una necesidad imperiosa. Ello trajo como consecuencia nuevas formas de organización en los barrios, de mujeres, de jóvenes, permitiendo una estrecha relación de la vanguardia y las masas en el combate. La fuerza política y militar del pueblo creció enormemente. Pero la burguesía y el imperialismo, con el concurso de fuerzas contrarrevolucionarias gorilas, lograron concentrar mayor fuerza, pudiendo aplastar la insurrección. De esta experiencia se desprende la disposición de las masas para ejercer la violencia revolucionaria, en las actuales condiciones de la lucha contra la dictadura; el carácter prolongado de la lucha, dada la correlación de fuerzas aún desfavorable, y la necesidad de una estrecha coordinación de los revolucionarios a nivel regional y continental, así como de dar un salto adelante en las tareas de solidaridad.

Tras el golpe militar argentino de 1976, la recuperación del movimiento de masas se empezó a mostrar especialmente en los sectores obreros. Esto se debe a que es la clase obrera la mejor capacitada política y orgánicamente para enfrentar la política de la contrarrevolución, al tiempo que es la que más resiente los efectos de la crisis capitalista. Durante 1976 y principios de 1977, son los obreros automotrices y electricistas de Argentina los que realizan las principales acciones, apoyándose en su larga tradición sindical y en su experiencia en la lucha ilegal y clandestina. De Argentina, la recuperación se extiende a otros países. Continúa con las huelgas generales de Ecuador y Perú y con el Paro Cívico Nacional de Colombia, en septiembre de 1977. La huelga de los mineros en Chile forma parte también de este proceso.

En este primer período, las reivindicaciones son fundamentalmente económicas, levantadas por las organizaciones sindicales y apoyadas en el creciente uso de la huelga. Se advierte, también, la incorporación de la pequeña burguesía, estudiantes, empleados públicos y privados, quienes protagonizan importantes movilizaciones en Perú, Colombia, Brasil, México, Guatemala, entre otros. En algunos países, se desarrollan acciones de campesinos pobres, que luchan contra los despojos de tierra y las formas de control político a que son sometidos. En este sentido, destacan las tomas de tierras en México, y las luchas campesinas en Guatemala, El Salvador, Nicaragua, Colombia, Perú, Ecuador y Bolivia.

Un segundo período de reactivación del movimiento de masas es el que se inicia con el año de 1978, cuando las movilizaciones populares lograron incidir directamente sobre la situación política de algunos países y el nivel de radicalización se puso al descubierto de manera rotunda. En Bolivia, el movimiento de masas arranca concesiones que la burguesía no estaba dispuesta a entregar. A principios de este año, la lucha antisomocista en Nicaragua empieza a cobrar formas violentas y a superar la conducción que la burguesía quería ejercer sobre el movimiento. Se reafirma la participación de la clase obrera encabezando las principales luchas populares al sur del continente. En Chile, destacan nuevas huelgas de mineros, la creación de la Coordinadora Nacional Sindical. En Perú, las huelgas generales de febrero y mayo adquieren un carácter político. Los obreros fabriles de Brasil logran avances importantes al concretar huelgas contra la contención salarial. Las celebraciones independientes del 1.º de Mayo en Chile, Brasil, Colombia y otros países del área, se convierten en actos públicos que dejan constancia de esta recuperación creciente. Paralelamente se producen decantamientos en algunas centrales sindicales, que conducen a desafiliaciones de la Confederación Latinoamericana del Trabajo (CLAT), en Ecuador y Guatemala. Otro rasgo del período, como hemos indicado, es la radicalización de las acciones de masas, cuyas principales manifestaciones ocurren en Centroamérica (Guatemala, El Salvador y Nicaragua). El crecimiento de las acciones directas, rebasando los límites de la legalidad burguesa, conduce al enfrentamiento con el aparato de contrainsurgencia.

Los elementos que brinda la reactivación del movimiento de masas, y en particular la insurrección de Nicaragua, son sin duda de la mayor importancia. Son expresión práctica de la *nueva fase de la lucha de clases* que se gesta en el continente. El ejercicio de la violencia revolucionaria de masas, la construcción de una fuerza política y militar del pueblo, son elementos estratégicos que entrega la historia de las revoluciones contemporáneas. Hoy, el pueblo de Nicaragua y su vanguardia, el Frente Sandinista de Liberación Nacional, ha mostrado a los ojos del mundo la vigencia de la lucha armada en las condiciones actuales de la lucha antidictatorial.

En este contexto de agudización de la lucha de clases, el *movimiento comunista latinoamericano* permanece en la crisis que lo afecta desde la década de los años treinta. Lejos de acercarse a un fortalecimiento, los PCs sufren un proceso de polarización interna, que se traduce en constantes divisiones hacia la izquierda y la derecha. Por otro lado, su influencia en el movimiento de masas se ha reducido en países como Perú, Colombia, Brasil, Venezuela, en tanto que en Chile y Uruguay no han logrado levantar la cabeza; en Chile, particularmente, es cada vez más notoria la pérdida de hegemonía del PC al interior de la Unidad Popular y el fortalecimiento, siempre dentro de ese bloque, de las posiciones socialdemócratas. En el actual período contrarrevolucionario, los PC no han logrado enfrentar las condiciones concretas de la lucha, ni extraído experiencias de la historia. De ahí que el problema de la búsqueda de una alianza con sectores de la

burguesía se haya convertido en el principal elemento de polarización, llegando a afectar a la unidad de la izquierda.

Las organizaciones de la Izquierda revolucionaria, a pesar de sufrir los golpes de la contrarrevolución, han mostrado mayor capacidad para mantener la resistencia y, en algunos casos, asumir la conducción del movimiento de masas, levantando un proyecto alternativo para la clase obrera. El avance de la izquierda revolucionaria, en este sentido, no ha tenido las limitaciones de la década pasada, que lo enmarcaban en las formas de lucha armada. Hoy, el desarrollo de estas organizaciones ha tenido avances significativos en términos globales, a nivel de construcción de partido, elaboración de su táctica y estrategia, aumento de su capacidad de conducción de la lucha armada, utilización de la lucha legal, semilegal y clandestina. Sin embargo, este proceso no ha sido lineal ni homogéneo; aún se padecen debilidades ideológicas, que se reflejan en cuanto a la comprensión del proceso de institucionalización de la dictadura y, en otros casos, se denotan también manifestaciones de retroceso a la época militarista, tendencias de subordinación a proyectos burgueses (social-democracia), debilidades en la construcción de partido y en su vinculación con las masas.

Finalmente, la continentalidad de la contrarrevolución ha llevado a una elaboración más acabada de la concepción internacionalista de la lucha, que implica el estrechamiento de vínculos entre las organizaciones revolucionarias a escala continental, regional, e incluso fuera de América Latina, generándose un proceso de discusión ideológica y de decantamiento de posiciones.

RESUMEN Y CONCLUSIONES

— En América Latina asistimos al inicio de un cambio cualitativo de las condiciones en que se desarrolla la lucha de clases. Al umbral de un nuevo período histórico que estará caracterizado por la profundidad y extensión que asuma la reestructuración económica, social y política impuesta por el imperialismo y las burguesías. Al inicio de un proceso que, en definitiva, abrirá las condiciones para el aceleramiento del tiempo histórico en el continente.

Esta situación corresponderá a la aparición de nuevas contradicciones, producto de la crisis mundial del capitalismo y sus expresiones particulares en América Latina, en los planos de la estructura económica y productiva, las consecuentes modificaciones requeridas en cada uno de los países latinoamericanos para adecuarse a los cambios operados en los patrones de reproducción del capital y sus efectos en la estructura de clases y en el sistema de dominación.

— Estas situaciones, que tienen una verificación muy desigual a escala de los países, impone al conjunto de la izquierda la búsqueda de una adecuada estrategia y táctica, a efecto de conducir la creciente activación de la lucha de masas. La propia dinámica concreta de la lucha de clases impone así a la izquierda latinoamericana un momento de definiciones cualitativamente superiores a las que hasta hoy ha enfrentado. Definiciones que si bien no se agotan en el corto plazo —uno o dos años—, sí debe generar una nueva disposición y un salto en los planos ideológicos, políticos, organizativos, militares, programáticos, estratégicos, de ligazón con las masas (en particular, la clase obrera), de acuerdo a los nuevos requerimientos. De la forma en cómo este proceso se realice, está por demás insistir, dependerá el futuro inmediato del curso de la revolución en A.L.

— En el medio de un período caracterizado por una ofensiva interimperialista, se vive una profunda tendencia de signo contrario, cual es la reactivación con grados distintos según el país, del movimiento obrero y popular. Esta tendencia tiene a Nicaragua como su punto de vanguardia.

— La izquierda revolucionaria tiende a desarrollarse más en esas luchas y es la única fuerza que puede dar una salida revolucionaria a este período, desde el campo obrero y popular. Con todo, debe resolver importantes problemas de definiciones programáticas, estratégicas y tácticas, de convergencia nacionales y de unidad continental. En lo inmediato, resulta evidente que el problema más importante a resolver es su enraizamiento profundo en las masas y su capacidad de dirección de los combates parciales y generales.

— Las ofensivas socialdemócratas sólo pueden ser derrotadas en este contexto, a través de una correcta política de clase por parte de los revolucionarios.

— Se constata una tendencia en inicio a una participación más activa de los países socialistas en general y de Cuba en particular en este proceso. La posición de la Revolución Cubana se ha visto fortalecida porque el internacionalismo proletario combatiente de Cuba ha ayudado a preparar el actual auge de victorias y avances revolucionarios en el mundo; ha participado activamente de su desarrollo, y ha evidenciado que lo seguirá haciendo cada vez más. Frente a la ola de oportunismo que afecta a sectores del movimiento obrero e incluso a países socialistas, Cuba reafirma su intransigente posición de principios en sus relaciones con EUA como ha quedado demostrado en los discursos de Fidel para el 26 de julio de 1978, y para el 1.º de enero del 79.

Ahí se reafirmaba que el socialismo es la única vía de solución para la crisis capitalista, y el objetivo central por el cual tienen que luchar hoy los pueblos. Que América Latina tiene derecho al socialismo, sin consideración por cualquier actitud que pudiera respetarle como zona de influencia privilegiada del imperialismo.

Frente al nuevo ascenso de las luchas revolucionarias en América Latina, y a la incapacidad del capitalismo para resolver los problemas mínimos de las masas, la Revolución Cubana enarbola alto las banderas de la ruptura revolucionaria de la vieja sociedad, reiterando que no hay otro camino político que no sea el de la lucha armada, la guerra revolucionaria y el socialismo para el continente. Ello presenta excelentes perspectivas para el desarrollo futuro de las relaciones de los movimientos revolucionarios latinoamericanos con el PCC, para el cual queda cada vez más claro que son más fuertes que los PCs, los que pueden y, de hecho están, cumpliendo esa línea revolucionaria.

— La contrarrevolución en el continente se ha demostrado incapaz de reconstruir sistemas de dominación burgueses que preserven el sistema en el largo plazo. Asimismo, si bien los modelos de acumulación del gran capital se han impuesto, éstos no han sido capaces de cumplir sus objetivos fundamentales desde el punto de vista del capitalismo internacional y dependiente.

— Se hace necesario un análisis particularizado de esta tendencia para poder aplicarla en un cuerpo de prioridades.

— La correlación de fuerzas mundiales continúa favorable a la revolución a pesar de los logros puntuales del imperialismo.

Las ofensivas socialdemócratas sólo pueden ser derrotadas en este contexto, a través de una correcta política de clase por parte de los revolucionarios.

Se constata una tendencia en todo a una participación más activa de las clases revolucionarias en general y de Cuba en particular en este proceso. La revolución cubana es la gran fuerza que impulsa a las clases revolucionarias de todo el mundo. El partido revolucionario de la América Latina debe estar en contacto con el mundo entero y no sólo con América Latina. El partido revolucionario de América Latina debe estar en contacto con el mundo entero y no sólo con América Latina. El partido revolucionario de América Latina debe estar en contacto con el mundo entero y no sólo con América Latina.

La revolución cubana es la gran fuerza que impulsa a las clases revolucionarias de todo el mundo. El partido revolucionario de la América Latina debe estar en contacto con el mundo entero y no sólo con América Latina. El partido revolucionario de América Latina debe estar en contacto con el mundo entero y no sólo con América Latina.

La revolución cubana es la gran fuerza que impulsa a las clases revolucionarias de todo el mundo. El partido revolucionario de la América Latina debe estar en contacto con el mundo entero y no sólo con América Latina. El partido revolucionario de América Latina debe estar en contacto con el mundo entero y no sólo con América Latina.

INTRODUCCIÓN

SEGUNDA PARTE

RESOLUCIONES SOBRE POLITICA INTERNACIONAL

La revolución cubana es la gran fuerza que impulsa a las clases revolucionarias de todo el mundo. El partido revolucionario de la América Latina debe estar en contacto con el mundo entero y no sólo con América Latina. El partido revolucionario de América Latina debe estar en contacto con el mundo entero y no sólo con América Latina.

La revolución cubana es la gran fuerza que impulsa a las clases revolucionarias de todo el mundo. El partido revolucionario de la América Latina debe estar en contacto con el mundo entero y no sólo con América Latina. El partido revolucionario de América Latina debe estar en contacto con el mundo entero y no sólo con América Latina.

La revolución cubana es la gran fuerza que impulsa a las clases revolucionarias de todo el mundo. El partido revolucionario de la América Latina debe estar en contacto con el mundo entero y no sólo con América Latina. El partido revolucionario de América Latina debe estar en contacto con el mundo entero y no sólo con América Latina.

La revolución cubana es la gran fuerza que impulsa a las clases revolucionarias de todo el mundo. El partido revolucionario de la América Latina debe estar en contacto con el mundo entero y no sólo con América Latina. El partido revolucionario de América Latina debe estar en contacto con el mundo entero y no sólo con América Latina.

SEGUNDA PARTE
RESOLUCIONES SOBRE POLÍTICA
INTERNACIONAL

I. INTRODUCCION GENERAL

La contrarrevolución de 1973, puso teórica y prácticamente el problema internacional, en el centro de nuestras preocupaciones tácticas y estratégicas. Y no podía ser de otra forma. Una comprensión rigurosa de lo que ocurrió y ocurre en Chile, no puede prescindir del análisis internacional, dentro del cual nuestra práctica nacional y la lucha de Resistencia, juegan un lugar significativo.

La percepción de esta realidad nos llevó antes del 73 a dar los primeros pasos para la fundación de la JCR, expresión de nuestro acercamiento a las organizaciones revolucionarias del Cono Sur latinoamericano, y expresión orgánica de la naturaleza continental de la lucha revolucionaria en América Latina.

Sin embargo, nuestra formulación internacional no se quedó ahí y ha continuado su desarrollo profundizándose en el terreno teórico y práctico, avanzando en el campo de las relaciones hacia otros continentes, profundizando nuestras alianzas internacionales de manera significativa.

La creación de una política internacional, no debe ser entendida como una exigencia formal de situar la revolución chilena en un espacio geográfico y/o político más amplio, sino que debe corresponder a la comprensión efectiva de que la revolución chilena con todas sus particularidades es parte integrante de la revolución continental e internacional. Una revolución comienza frecuentemente en un espacio nacional preciso. Hoy día, sin embargo, en el contexto latinoamericano, la Resistencia y la revolución en Chile son un proceso continental.

En su mensaje a la Tricontinental, el Che afirmaba el carácter necesariamente socialista de la revolución. En su gesta revolucionaria ponía en evidencia —prácticamente— su dimensión necesariamente internacional.

La situación internacional para nosotros es el trasfondo fundamental que tienen los distintos conflictos de clase a nivel nacional. El lugar donde las victorias se afianzan definitivamente, o a partir del cual, las conquistas revolucionarias son puestas en peligro por la reacción internacional y sus aliados locales.

Las correlaciones de fuerzas internacionales, van generando luego, un cuerpo de posibilidades o dificultades, según el caso, que debe ser imprescindiblemente considerado para fundar una efectiva política y práctica revolucionaria en el plano nacional.

A su vez, la lucha de clases en su dimensión local, y particularmente, la lucha revolucionaria, juega un rol activo en la modificación de las relaciones de fuerza internacionales a favor del proletariado. Lo nacional y lo internacional, no son instancias separadas o dos momentos autónomos de una misma práctica. Al contrario, toda vez que el imperialismo y el capitalismo son realidades internacionales, la política revolucionaria debe asumir como parte integrante de su práctica, la vinculación de las luchas de su proletariado nacional al del proletariado internacional, de su estrategia local a la

estrategia más general de las distintas organizaciones proletarias. Sin renunciar un momento a realizar el esfuerzo decisivo y fundamental en la lucha al interior de su propio país, conforme a sus condiciones nacionales.

Asumiendo programática y prácticamente la concepción de Marx de que la revolución socialista es por su forma nacional y por su contenido internacional, el MIR Chileno funda su política en Chile entendiendo la revolución chilena como parte integrante de la revolución latinoamericana y del avance de la revolución internacional, combatiendo codo a codo con todos los que en América Latina impugnan consecuentemente al régimen capitalista e imperialista.

II. RESOLUCIONES

1. Los fundamentos de nuestra política internacional

a) Con el nacimiento y desarrollo del capitalismo —y luego de su fase superior, el imperialismo—, a partir de fines del siglo pasado, con la hegemonía del capital financiero y la internacionalización de los capitalismo locales, la humanidad pasa a una nueva etapa de su historia, que le permite contar con las bases materiales a escala general para hacer realidad los sueños visionarios, pero utópicos, de los socialistas anteriores a Marx y Engels. El capitalismo en su fase imperialista socializa cada vez más la producción a escala mundial, articula estrechamente las economías nacionales al desarrollar la división capitalista del trabajo a escala internacional —aunque ésta sea profundamente desigual— al internacionalizar las fuerzas productivas en torno a las multinacionales y al convertir las fuerzas productivas en torno a las multinacionales y al convertir a la humanidad en una gran industria, concentrando y monopolizando cada vez en menos manos los frutos del trabajo de miles de millones de obreros, tanto de la periferia como de los centros del capital. Crea así una entidad superior llamada Economía Mundial.

Luego se generan las bases materiales objetivas, aunque diferentes, según el país del que se trate, para el triunfo de la revolución socialista. La humanidad capitalista toda, está madura desde principios de siglo para el socialismo.

El eje fundamental de todas las luchas, guerras y conflictos, hoy en el mundo capitalista, lo constituye la contradicción entre dos clases fundamentales del modo de producción capitalista, la burguesía y el proletariado. Ambas clases desarrollan sus enfrentamientos y luchas a escala mundial, ambas representan salidas radicalmente diferentes para todos los problemas de la humanidad.

El proletariado, es el único agente de la historia que puede liberar todas las potencialidades y capacidades creadoras del hombre, conduciéndolo, a través del socialismo y de la dictadura del proletariado, a la sociedad sin clases y sin Estado: el Comunismo.

La burguesía, después de haber producido un desarrollo sin precedentes de la sociedad capitalista en su etapa imperialista, y haber fundado las bases materiales para la revolución socialista, centraliza hoy cada vez más la riqueza y el poder. Ello, sólo puede conducir a la humanidad a un callejón sin salida, plagado por doquier de conflictos, crisis, guerras locales, etc., que en su extremo, ponen en peligro la existencia del género humano.

La barbarie sintetizada alrededor del espiral de centralización y monopolización del capital y crisis de la democracia burguesa, es un peligro presente, cuyas tendencias hoy operan con distintos grados de agudeza y fuerza, en todo el mundo del capital.

Los conflictos insolubles entre proletariado y burguesía, constituyen el motor que pone en movimiento al conjunto de la humanidad y el que explica en última instancia los conflictos, crisis y guerras del mundo actual.

b) La lucha de clases, el motor de la historia, se expresa en el mundo contemporáneo en la contradicción que opone a la burguesía y el proletariado. El carácter fundamental de esa contradicción está dado por los lugares determinantes ocupados por esas dos clases en el modo de producción hegemónico en toda la época moderna y contemporánea, asignando además a la contradicción burguesía-proletariado, el carácter de contradicción antagónica.

A través de un largo proceso de organización y recomposición de fuerzas, del cual

forman parte las dos guerras mundiales, el imperialismo fue estructurando un bloque de fuerzas, su cadena de poder. A ésta pertenecen, el centro hegemónico —los EEUU—, los otros Estados imperialistas —centralmente Europa y Japón—, como sus aliados fundamentales, los países dependientes que emergen como potencias regionales subimperialistas —México, Brasil, Israel y Sudáfrica—, y los restantes países sometidos a la explotación imperialista, que constituyen los eslabones periféricos de la cadena.

Cuando hablamos de USA, Francia o México, por ejemplo, nos estamos refiriendo a su formación social, y a sus clases dominantes, aquellas que, bajo su conducción, ponen a estos países en alianza con el imperialismo y no a la totalidad social de cada país dividido por la lucha de clases. El proletariado y todas las clases explotadas de esos países, tienen sus intereses de clases vinculados estrechamente a los otros destacamentos de los explotados y oprimidos del mundo, y al proletariado en el poder, en los países socialistas.

Así, la contradicción fundamental de nuestra época, aquella que la atraviesa de lado a lado, determinando las fuerzas decisivas de enfrentamiento, los aliados estratégicos y tácticos, los enemigos, los sectores neutralizables, es la contradicción que opone a la burguesía y al proletariado a escala mundial.

c) La experiencia acumulada por el movimiento obrero internacional en el desarrollo de la lucha de clases, tanto en el siglo pasado como en el presente, y las formas de organización regional e internacional que fue generando (las tres Internacionales), constituyen para nosotros un patrimonio de experiencia indispensable de asumir y recoger críticamente, tanto en la creación teórica como en su experiencia práctica.

Luego, su acervo debe ser conocido para fundar una correcta política internacional. Nuestra teoría y práctica internacional, no parte desde cero, sino que se esfuerza por recoger lo mejor de la historia de la lucha de clases en distintos lugares, períodos y momentos.

Por tanto, la política internacional tiene que conocer un desarrollo sistemático y orgánico, una ampliación progresiva de descubrimientos que completen y rectifiquen las experiencias y formulaciones anteriores, rechazando por tanto los análisis que se mueven a través de certezas apriorísticas, de conclusiones sin previo análisis.

Sobre la base de la experiencia acumulada por el movimiento obrero internacional, e intentando el máximo nivel de rigor posible en el análisis de la situación concreta actual, vamos formulando progresivamente, nuestra línea internacional. Lejos estamos de haber resuelto todos los complejos problemas planteados, pero seguros nos encontramos de que el camino que hemos escogido de vincular teoría y práctica, posibilidades y realidad, constituye la única ruta posible para que un destacamento en lucha, funde científicamente su práctica.

d) Construimos nuestra política internacional en debate y lucha ideológica con las corrientes ajenas a los intereses de clase del proletariado internacional y chileno, en sus distintas expresiones, ya se trate de reformistas o centristas, que capitulan los intereses históricos de la clase obrera, por ambiguas reformas y concesiones inmediatas de la sociedad capitalista. De teoría y prácticas gradualistas, que pretenden conquistar el poder de a poco, paso a paso, y que terminan irremediamente sometidos a la lucha puramente aceptada y permitida por la burguesía, replegando de esa forma al proletariado hacia posiciones políticas e ideológicas de naturaleza pequeño burguesa, que pretenden recubrirse de realismo, pero que están impregnadas del más puro idealismo ideológico y político.

No menos grave para los intereses históricos del proletariado, son las desviaciones ideologicistas o doctrinarias, que incapaces de entender los ritmos y las mediaciones en la lucha por el poder, se preparan de manera exclusiva y en grupos cerrados para futuras gestas revolucionarias, que conducirán de la noche a la mañana y sin necesidad de un paciente y largo proceso de preparación, al proletariado a la conquista del poder y a la construcción del socialismo perfecto. Para estos grupos no hay alianzas, no hay acuerdos, no hay colores grises, sólo un rectilíneo camino rojo hacia el socialismo y el comunismo. El doctrinarismo, vieja desviación de los círculos revolucionarios, se consume así en un ambiente de esterilidad y de actividad puramente propagandística, desprecia la práctica y sobrestima la reflexión.

Oportunismo y sectarismo, reformismo y doctrinarismo, constituyen lastres de distinto peso que deben ser combatidos a través de una rigurosa lucha ideológica, y especialmente fundando una práctica revolucionaria rica en la elaboración y el análisis, y

fecunda y creadora en el plano de la práctica. Las desviaciones señaladas constituyen, al final de cuentas, expresiones de la ideología burguesa y pequeño burguesa en el seno del proletariado.

e) El otro elemento que se sitúa como sustento de nuestra propia política internacional es el que emana de nuestra práctica y experiencia, acumulada en el transcurso de trece años y especialmente en los últimos seis, a partir de la fundación de la JCR.

El conocimiento directo, la experiencia concreta y el análisis sobre la base de nuestra propia práctica, son para nosotros un patrimonio irrenunciable en la formulación de nuestra política internacional.

El hecho de que nuestro partido, sobre la base de su experiencia, realidad y objetivos tanto tácticos como estratégicos, impulse su política internacional, debe ser entendido alrededor de dos cuestiones vitales:

En primer lugar: que levantando nuestra política de acumulación de fuerza internacional tenemos la necesidad de establecer alianzas y acuerdos de distintas formas y alcances, con un importante espectro de fuerzas que nos apoyan, ya sea para derrocar a la dictadura o imponer un gobierno democrático, popular y revolucionario, no renunciando ni un momento a la lucha por el poder.

• *En segundo lugar:* nuestra política internacional no puede ser entendida como una formulación ideológica propagandística, fundada sobre la base de lo que las distintas fuerzas obreras debieran ser, sino como un esfuerzo sistemático por implementar nuestra estrategia y táctica de acumulación de fuerza internacional y por generar a partir de los sectores más avanzados del proletariado latinoamericano e internacional, las mejores condiciones de la lucha de clases latinoamericana, particularmente. Sin perder jamás de vista, como punto de partida, lo que los destacamentos obreros hoy día son, con sus distintos niveles de conciencia y maduración de clase y, en todo momento, luchando por la unidad de la clase obrera internacional, por alcanzar en perspectiva la unidad combativa de las tres vertientes de la revolución mundial.

Marchando en estrecha coordinación con los sectores de vanguardia del proletariado latinoamericano, nos esforzamos por ir desarrollando las condiciones que permitan reforzar la unidad de la clase obrera internacional, alrededor de una correcta política de clases, anticapitalista y antiimperialista.

Sin evadir en nuestra política internacional el enfrentamiento del problema de la unidad de objetivos y de organización del proletariado internacional, tenemos absoluta conciencia de lo limitado de nuestras fuerzas como para pretender aportar soluciones globales y efectivas a esta cuestión. Pretensión que nos llevaría a caer de manera directa en el más puro propagandismo.

Luego, el problema lo formulamos a partir de otro punto, cual es el de luchar y buscar la unidad de las fuerzas revolucionarias y de las distintas fuerzas políticas obreras en América Latina y en Chile, seguros que así aportamos efectivamente al proceso de unidad internacional del proletariado.

f) A partir de la primera revolución socialista triunfante, a través de la cual el proletariado ruso se convirtió en clase en el poder, es decir, en fuerza estatal, se inaugura una nueva época en la historia de la humanidad, definida por Lenin y la Tercera Internacional, como la época de actualidad de la revolución proletaria y socialista, del capitalismo en decadencia, y auge de la revolución.

La cadena imperialista, al romperse por su eslabón más débil, genera un acontecimiento inédito en la historia de la humanidad. El proletariado destruye el poder burgués e inicia conscientemente el camino hacia la sociedad sin clases, apoyándose en su poder estatal: el Estado de los obreros y campesinos, e iniciando el complejo y difícil camino de construir una sociedad de naturaleza distinta: la sociedad socialista.

La época de las revoluciones proletarias ha continuado avanzando en los distintos triunfos revolucionarios acaecidos después de Rusia del 17. Generando en todas partes una dinámica anticapitalista y antiimperialista, íntimamente articulada y expresada alrededor de todos los conflictos sociales.

2. Las condiciones sobre las cuales se impulsa nuestra política

a) Si vivimos la época de actualidad de la revolución proletaria, desde 1967 y particularmente a partir de 1973, vivimos un período de crisis estructural del sistema

capitalista-imperialista mundial, que puede culminar con un reordenamiento general del orden del capitalismo internacional —inaugurándose así una nueva fase de su desarrollo—. O, al contrario, el auge sostenido de la lucha revolucionaria modificará las relaciones de fuerza globalmente a favor de la revolución socialista.

El que se verifique una u otra salida depende, en último término, del desarrollo de la lucha de clases y de las correlaciones de fuerza que ésta vaya creando a favor del proletariado o de la burguesía.

Si el destino del capitalismo depende de la acción de las fuerzas obreras internacionales, nosotros nos esforzaremos por empujar al máximo nuestra acción revolucionaria para provocar una derrota al capitalismo ahí donde cumplimos nuestro principal y esencial papel, es decir, en Chile y América Latina.

b) El desarrollo sin precedentes de la Economía Mundial y la profundización en grado enorme de la centralización y monopolización del capital, alrededor de las grandes compañías multinacionales, células básicas de la actual etapa del capital imperialista mundial, ha profundizado la interconexión de los capitalismo locales entre sí, generando así internacionalmente una estrechísima red de intereses, centros de poder y, en fin, ha convertido hasta el último rincón del mundo burgués en un lugar a defender y preservar.

El desarrollo de la Economía Mundial, lleva consigo el desarrollo de una estructura política de dominación monopólica imperialista, que asume distintas formas (OTAN, FMI, Trilateral, etc.), las cuales en esencia constituyen el vehículo con que cuenta el imperialismo para preservar de distintas formas las bases de su dominio, es decir, la explotación capitalista internacional y el orden burgués.

Las correlaciones de fuerza se definen en este marco, más que nunca a escala regional e internacional. Luego, la correcta fundamentación de una política nacional en el mundo actual, exige de parte de las vanguardias obreras una acción coordinada y consciente para ir golpeando ahí, donde los eslabones capitalistas son más frágiles, para una ruptura revolucionaria.

c) Sintetizando todas las expresiones de la fuerza acumulada por el proletariado en las seis primeras décadas de la época de las Revoluciones Proletarias, tenemos *tres vertientes principales*, que reflejan a distintos niveles de desarrollo el proceso de constitución del proletariado como clase políticamente autónoma, agente de las transformaciones anticapitalistas, en su camino hacia el poder proletario:

— *Los países socialistas* son expresiones del proletariado en el poder bajo distintas formas. La destrucción del viejo Estado burgués, la socialización de los medios de producción, la edificación de las bases de un nuevo tipo de sociedad, basado en la economía planificada y en un Estado asentado sobre ella, definen un rasgo común entre las distintas expresiones que constituyen las primeras formas históricas de existencia de la sociedad socialista.

Los intereses del proletariado de los países socialistas es radicalmente contrapuesto al capitalismo y al imperialismo. Los Estados de los países socialistas, están fundados en economías basadas en la socialización de los medios de producción, desarrollando la planificación socialista interna e internacional, chocándose objetivamente con la existencia de las economías capitalistas.

— *El movimiento obrero de los países imperialistas* representa, en niveles distintos, conforme al desarrollo de las luchas de clase y los procesos políticos concretos en cada país, la fuerza acumulada por el proletariado en la lucha anticapitalista y socialista en esos países. El hecho de que en esos países, a menudo, la clase obrera haya logrado constituirse sólo a niveles de lucha sindical y política parlamentaria, corresponde al grado actual de acumulación de fuerzas del destacamento proletario en esos países. Ello está condicionado por limitantes de orden político e ideológico que atañen al proletariado de tales países y al proletariado internacional, y son las que han impedido hasta hoy que tendencias revolucionarias pudieran conducir esa decisiva fuerza social a constituirse como alternativa de poder proletario al capitalismo en sus propios bastiones imperialistas. Sin embargo, aun en el nivel sindical y parlamentario, el proletariado de los países imperialistas —a la cabeza de todos los sectores sociales anticapitalistas— tiene intereses fundamentales en común con el proletariado de la periferia capitalista y el proletariado en el poder, en la lucha unificada contra el capitalismo y el imperialismo a nivel nacional e internacional.

— *Las fuerzas obreras y populares de la periferia capitalista*, expresión de la fuerza

estratégica acumulada por el proletariado y sus aliados —el campesinado, la pequeña burguesía y todos los sectores sociales anticapitalistas— de los países dependientes en África, Asia y América Latina, en su lucha antiimperialista, anticolonialista y socialista.

Esas tres fuerzas, con los niveles logrados de articulación de sus intereses comunes bajo la forma de alianzas estratégicas o tácticas, acuerdos o apoyos puntuales, tienen una base objetiva común que las eleva a la condición de *vertientes del proletariado internacional*, elementos del campo proletario en escala internacional.

Siendo la contradicción fundamental de nuestra época la que opone la burguesía al proletariado en escala nacional e internacional, esa línea de demarcación delimita los enfrentamientos decisivos de nuestro tiempo en cada país y en el mundo. Ese marco objetivo ubica a las fuerzas sociales y políticas de un lado o de otro; no hay tercerismos posibles. Habrán aliados tácticos y estratégicos, intereses comunes que ya lograron materializarse en alianzas sólidas, otros que quedan por estructurarse; hay fuerzas neutralizables por períodos, pero no hay tres campos; no hay posiciones de clase independientes de esa definición central.

d) De la realidad cotidiana de la lucha de clases emerge un norte fundamental: *no hay que confundirse sobre el enemigo fundamental: el imperialismo norteamericano*, como fuerza hegemónica de la cadena capitalista en escala mundial, fuerza fundamental a destruir en la época de la Revolución Proletaria y de tránsito del capitalismo al socialismo, iniciada por la Revolución de Octubre.

Al igual que no nos confundimos sobre el carácter de las contradicciones secundarias entre el imperialismo norteamericano y los imperialismos japonés y alemán, no nos equivocamos sobre el carácter de las diferencias entre las vertientes que componen el campo proletario, como problemas internos a las fuerzas proletarias en escala internacional, como contradicciones secundarias.

e) Otra observación necesaria se refiere al carácter y la forma que asume la contradicción fundamental de nuestra época: ésta pone al *proletariado internacional frente al campo imperialista*. Ello no es idéntico a la oposición campo capitalista-campo socialista, porque si bien la expresión campo imperialista integra, a distintos niveles, las burguesías de todos los países del mundo, los Estados integrados al sistema capitalista mundial, la expresión *campo socialista* es restrictiva, pues incluye solamente a uno de los destacamentos proletarios, al que ya ha logrado transformar su fuerza en poder estatal.

Utilizamos, por tanto, la expresión *campo proletario*, o *fuerzas proletarias*, dado que campo socialista es excluyente en relación al proletariado de los Estados imperialistas y de la periferia capitalista, regiones donde el proletariado no es todavía la clase dominante. En segundo lugar, porque la consideración privilegiada del campo socialista como expresión política en el plano internacional de los intereses del proletariado, ha generado las desviaciones en el movimiento comunista, que significaron la sumisión de los procesos de acumulación de fuerzas revolucionarias a nivel nacional a las necesidades del país donde el proletariado había tomado el poder, como fue característico en la política de Stalin.

Sin perjuicio de lo anterior, la defensa combativa por parte de todo el proletariado internacional de los países socialistas, como territorio liberado de la dominación imperialista, es un objetivo fundamental de todos los marxistas-leninistas, de todos los que nos educamos conforme los principios y la práctica del internacionalismo proletario combatiente.

3. Nuestra visión de diferentes fuerzas a nivel internacional

A) J.C.R.

El Comité Exterior del MIR considera que la JCR representa históricamente un hito importante en los esfuerzos de los revolucionarios latinoamericanos por desarrollar una estrategia continental de lucha contra el imperialismo y las burguesías criollas, por avanzar en la coordinación de los movimientos y partidos revolucionarios de América Latina y por avanzar en la unidad de acción de todos los destacamentos de las fuerzas obreras y populares del continente.

La JCR, como producto del proceso contrarrevolucionario que afectó al Cono Sur, y del reflujo del movimiento de masas latinoamericano hasta el año 76-77, como conse-

cuencia del debilitamiento que sufrieron sus organizaciones integrantes, no pudo impulsar con fuerza suficiente sus objetivos.

A pesar de las diferencias ideológicas que se hicieron patentes a partir de 1976-77, con el PRT-A, las organizaciones de la JCR supieron realizar correctamente el principio de unidad política y lucha ideológica, sin lograr resolver plenamente sus diferencias.

Sin embargo, a partir de 1978, y como expresión del nuevo flujo del movimiento de masas en el Cono Sur y América Latina, se observa, de una parte, un proceso de fortalecimiento orgánico y político del PRT-B. Por primera vez, el MLN-T logra unir varios grupos al impulsar el desarrollo sostenido de un proceso de clarificación política y reorganización, mientras el PRT-A pasa por un intenso proceso de discusión y lucha ideológica interna, que lo está llevando —no sin dificultades— a una corrección de izquierda de su línea política. Esto plantea la necesidad de apoyar y estimular este proceso desde posiciones revolucionarias.

La estrategia de desarrollo definida por la JCR en 1973-74, comenzaba a implementarse en 1975, cuando sobrevienen una serie de golpes represivos al MIR, PRT-A, PRT-B, MLN-T, que dificultan su implementación. Sin embargo, a partir de 1976 se retoma la iniciativa, se elaboran nuevos documentos programáticos y organizativos de la JCR, Manifiesto, Estrategia, Estatutos, Política Solidaridad, se comienza a impulsar en una dimensión más amplia el proceso de convergencia de los movimientos y partidos revolucionarios de América latina, a partir de allí surge la idea de realizar una reunión de movimientos y partidos revolucionarios de América Latina, que tuvo su primera concreción en la reunión de Libia. Sin embargo, este esfuerzo tuvo que sostenerlo, principalmente, el MIR.

Examinando autocriticamente el proceso de gestación y desarrollo de la JCR, insistiendo en los factores enormemente positivos que ello significó, hoy podemos decir que el debate ideológico entre las organizaciones sobre los problemas de la revolución en América Latina y en cada país, sobre las cuestiones de programa, estrategia, táctica, organización, línea internacional, fue insuficiente y ello repercutió sin duda en el debilitamiento de algunas organizaciones.

El MIR considera que la idea misma de la JCR, el proyecto de la convergencia de los revolucionarios latinoamericanos y su coordinación en el marco de la revolución continental, permanece enteramente válida y que la experiencia misma de la JCR debe ser valorada como un paso positivo en esa dirección. El MIR debe buscar que la JCR pueda constituirse en un estímulo más enérgico al desarrollo de ese proyecto, al mismo tiempo el MIR se plantea una política más activa en el plano latinoamericano, hacia las fuerzas revolucionarias en acción, en el sentido de estrechar sus relaciones con éstas y al mismo tiempo favorecer la coordinación entre ellas.

En vista de lo anterior, el CE decide solicitar de la Comisión de Relaciones un balance sobre la experiencia de la JCR y darlo a conocer entre los militantes. Al mismo tiempo decide impulsar una política de apoyo para que se reorganicen y/o fortalezcan las organizaciones de la JCR en el marco de un proceso de lucha ideológica y de unidad política, solidaridad y fraternidad revolucionaria.

b) En relación a los países socialistas

— El punto de arranque, para nosotros, pasa por la definición de su naturaleza social empírica. Trátase de países en los cuales el proletariado tomó el poder, destruyendo el orden burgués: existe una propiedad social sobre los medios de producción y relaciones económicas y sociales de naturaleza socialista.

Las tesis que sostienen que no se trata de países socialistas, partiendo de algunas críticas correctas, caen de lleno en el plano de la metafísica, al no ser capaz de definir de qué régimen social se trata, sobre qué modo de producción se funda y cuáles son las condiciones de su transformación revolucionaria. La teoría de que habría habido una contrarrevolución capitalista no es aceptable, toda vez que el funcionamiento de sus economías no responde a los mecanismos esenciales de la economía capitalista. A su vez, las relaciones sociales existentes son socialistas.

En pleno período de crisis capitalista, la economía en los países socialistas se ha visto afectada sólo indirectamente por la crisis, y más bien como producto del descenso de sus exportaciones (el precio) al Mercado Mundial.

Los mecanismos de dirección política de los países socialistas, aunque afectados por deformaciones burocráticas, en gran parte de ellos, no pueden ser comparados con la naturaleza de los instrumentos políticos de la dominación burguesa.

— Empero a pesar de su naturaleza socialista, el triunfo de la revolución y su desarrollo ha sido un proceso que ha estado marcado fuertemente por las condicionantes históricas que rodearon su irrupción y génesis. Es así, que al triunfar el socialismo en países con un escaso desarrollo capitalista, cercados internacionalmente, enfrentando la contrarrevolución interna y forzados a satisfacer las necesidades más elementales de la sociedad, se tuvo que optar por un camino acelerado de industrialización pesada y centralización del poder de decisión en reducidos núcleos del partido y del Estado. Fue configurándose un cuerpo de desviaciones de naturaleza burocrática. Las condiciones objetivas, que pesaron fuertemente, no bastan para explicar o justificar los errores concretos que se dieron en el plano de las opciones políticas escogidas.

El stalinismo constituyó una de las deformaciones más graves para el desarrollo global de la sociedad socialista como sociedad de transición y base del Comunismo.

Lenin previó los primeros fenómenos de desviaciones burocráticas y propuso un cuerpo de medidas que en lo básico significaban no entender el socialismo como simplemente la expropiación de los expropiadores, sino que, además, como el desarrollo de una democracia directa, sin separación de poderes, sustentada en los organismos de base y particularmente en los Consejos Obreros, incorporando de manera directa a las más amplias masas, particularmente al proletariado, a la toma de decisiones y ejercicio del poder.

El Estado obrero y la dictadura del proletariado, se convierten así, no sólo en los instrumentos de represión sobre los resabios y resistencia de cualquier tipo de la vieja sociedad, sino que en elementos motorizadores de la sociedad que se está por construir, la comunista.

— Desde el punto de vista de la lucha de clases internacional, los países socialistas como expresión del proletariado en el poder, constituyen una de las tres vertientes de la revolución mundial.

— Al triunfar la revolución en los países capitalistas menos desarrollados se ponen a la orden del día viejos problemas, que son los siguientes:

1. Construcción de una teoría política del socialismo que avance la cuestión de la democracia obrera.

2. Desarrollo de una teoría económica que asuma las dificultades que derivan del escaso desarrollo de las fuerzas productivas.

— La forma central a través de la cual las fuerzas obreras internacionales pueden contribuir a una corrección profunda de las deformaciones burocráticas de los países socialistas, pasa por generar una correlación de fuerzas que permita el avance de la revolución a escala internacional.

Es necesario establecer con los países socialistas una política, que fundada sobre la base de nuestra más irrestricta independencia —programática y orgánica— nos permita lograr su apoyo para hacer avanzar la lucha revolucionaria. Esto será parte de un proceso largo, resultante en lo fundamental de la modificación internacional de las relaciones de fuerza, a favor de la lucha revolucionaria, expresado tanto por nuevas victorias proletarias, como así también por la mayor fuerza que los destacamentos en lucha, a nivel internacional, vayan generando.

Así, el fortalecimiento de las fuerzas revolucionarias a escala internacional, opera tendencialmente sobre la primacía de los intereses de Estado que ha marcado la política de parte importante de los países socialistas, estimula el internacionalismo proletario y permite nuevas definiciones más coincidentes con los intereses del proletariado en lucha. Con todo, el factor decisivo siempre es la fuerza de la clase obrera y el pueblo en cada uno de los países, para imponerse como agente rector de la lucha social, como también la polarización creciente que se observa a nivel internacional entre las fuerzas del proletariado y las del imperialismo.

Al hablar de alianza estratégica con los países socialistas nos referimos, tanto a su papel objetivo como una de las vertientes de la revolución mundial, como al papel que en determinadas dinámicas o correlaciones de fuerza favorables a la revolución ellos han jugado y seguirán jugando. Asimismo, es esencial hoy —en que el elemento militar es un dato básico en la correlación de fuerzas internacionales— contar con el apoyo de los

países socialistas para la construcción, en una etapa superior, de la fuerza militar de la revolución y posterior a la conquista del poder, construir y consolidar una fuerza militar capaz de contener la contrarrevolución internacional y local. Lo mismo referido al desarrollo de la economía socialista.

Por último, al tratarse de regímenes socialistas, estos países se ubican con diferentes grados de iniciativa en el campo del proletariado internacional.

Nosotros, levantando el socialismo por el cual luchamos, tenemos que generar condiciones que nos permitan lograr de los países socialistas un apoyo más activo para la lucha anticapitalista y antiimperialista de las masas latinoamericanas y chilenas.

El socialismo por el cual luchamos no constituye un modelo ideal o utópico en torno al cual la revolución proletaria y su desarrollo ulterior debieran realizarse en nuestro país. Al contrario, entendemos la construcción de la sociedad socialista como un complejo proceso condicionado por factores internacionales y nacionales, culturales e históricos, sociales, políticos y económicos y, por cierto, por las relaciones de fuerza que existan entre el proletariado y la burguesía a nivel mundial y regional.

La revolución proletaria y socialista en Chile será, por su dinámica y contenido, parte integrante de la revolución continental.

El propio movimiento real de la revolución chilena irá configurando los rasgos más particulares del proceso de construcción socialista en nuestro país. Por lo cual constituye una utopía pretender definir los detalles de nuestra revolución en su fase triunfante. A pesar de ello, el MIR chileno lucha por un socialismo de autogobierno obrero, organizado alrededor de los Consejos Obreros y Populares. Una sociedad donde no exista división entre Poder Ejecutivo y legislativo, y donde sea una Asamblea obrera y popular la que conduzca y dirija —de acuerdo a un programa democráticamente establecido por ella misma— la edificación de la naciente sociedad. Construyendo y consolidando las nuevas relaciones sociales impuestas por el proletariado en el poder. Esta es nuestra concepción de la dictadura del proletariado.

La revolución socialista es la primera revolución social que exige para su realización la acción decidida y consciente de la gran mayoría de los trabajadores, que deja de ser una masa amorfa y dirigida, pasando a ser una fuerza dirigente en un camino consciente y libremente escogido.

Desde las instancias máximas, hasta los últimos organismos de poder del Estado proletario, el proletariado y sus aliados ejercen su hegemonía como clase dominante y llevan a la práctica de manera directa su programa, en contra de la resistencia de cualquier tipo de las clases dominantes de la vieja sociedad.

Será tarea fundamental del proletariado asegurar la elevación del nivel cultural de las amplias masas, asegurar el alcance de la igualdad de derechos de la mujer, crear las condiciones para la superación de toda forma de división entre las actividades manuales e intelectuales u otras formas de división del trabajo y hacer realidad todos los objetivos que permitan combatir ideológica y políticamente las deformaciones y desviaciones burocráticas o de otro tipo, del proceso de construcción socialista. Estas desviaciones son expresión de las resistencias de la vieja sociedad a desaparecer, y constituyen uno de los obstáculos fundamentales que la nueva sociedad socialista debe vencer para realizarse plenamente. Al final de cuentas, las manifestaciones de naturaleza burocrática no son sino expresión del proceso de lucha de clases que persiste en la sociedad socialista.

Las masas proletarias y trabajadoras deben participar en todas las decisiones de la nueva sociedad de manera directa, y ejerciendo su rol de clase dominante, transformándose de engranaje de la vieja sociedad capitalista en sujetos pensantes, libres y actuantes; en clase dirigente.

La esencia del poder del proletariado consiste en que el poder mismo del Estado es la organización consciente y activa de las masas obreras y populares.

El proletariado y las masas populares deben ejercer activamente la democracia revolucionaria de masas, como elemento fundamental de la dictadura del proletariado. Deben asimismo luchar por estructurar y dirigir el nuevo Estado en todos sus niveles y recurrir al control de masas contra las deformaciones burocráticas de todo tipo que puedan surgir en el proceso de construcción del socialismo. Las fuerzas políticas del proletariado deben luchar por mantener la especificidad de roles del Estado y del partido, sin caer en su identificación.

Fuerzas políticas obreras y populares y Estado proletario no son sino expresiones de

la organización del proletariado y sus aliados, en distintos niveles de actividad en el proceso de construcción socialista. No se trata de organismos o fuerzas contradictorias, sino de formas de organización y esferas de actividad diferentes, cada una de las cuales debe velar por la realización plena del socialismo en el plano nacional y el apoyo internacionalista al proletariado internacional, esté éste en lucha o en el poder.

El CE decide solicitar a las Comisiones de Relaciones y Trabajo Teórico un documento de discusión en torno al socialismo por el cual luchamos. Asimismo, que las Comisiones antes señaladas evacuen un documento acerca de los países socialistas y nuestra posición frente a ellos.

c) Eurocomunismo

— Se trata de una corriente del movimiento comunista internacional que lleva hasta las últimas consecuencias la teoría y práctica de esta vertiente del movimiento obrero, particularmente a partir de la política de los frentes populares.

Asumiendo las complejidades del capitalismo desarrollado, renuncia prácticamente a la revolución proletaria por la vía de negar la necesidad de la dictadura del proletariado, la teoría leninista de la organización, la naturaleza específica y de clase de los Estados capitalistas europeos, etc.

— Pretende fundar un socialismo democrático, de naturaleza antimonopólica, que está condenado al fracaso, toda vez que levanta como aliados esenciales a los sectores no monopólicos de la economía, que en los hechos están integrados y supeditados al gran capital. Su concepción es netamente gradualista y supone como paso transitorio al socialismo, una especie de etapa intermedia llamada socialismo democrático, etc.

Otro rasgo distintivo de esta corriente es su marcado contenido nacionalista (ver Tesis Internacionales), que es un subproducto claro de su renuncia a la lucha revolucionaria como un proceso internacional, al paso que renuncia a la dictadura del proletariado y a la concepción leninista de partido.

Aunque en esencia su posición es semejante a la del resto del movimiento comunista internacional (a pesar de la ruptura con la URSS), en la práctica, su dinámica tiende a llevarlo por un estrecho camino, entre la socialdemocracia, por un lado, y la clase obrera, por otro. De este punto de vista, tanto por su proyecto de colaboración abierta de clase y su política de alianzas, como su célérica dinámica hacia la derecha, se produce una situación en la cual se profundizan y ganan fuerza en su interior, los rasgos y prácticas del reformismo pequeño burgués, frente y en contra de los reformismo obrero.

En síntesis, se trata de organizaciones políticas reformistas, básicamente antimonopólicas, con una fuerte lucha entre sus elementos ideológicos y políticos de naturaleza pequeño burguesa, en contra de los de contenido obrero reformista.

d) Socialdemocracia

— Para nosotros, desde el punto de vista político, la socialdemocracia representa hoy en América Latina un enorme peligro, no tanto como proyecto burgués alternativo a las democracias o dictaduras burguesas, sino que particularmente como una corriente que profundiza en algunos países del continente y en otros pretende la división ideológica-orgánica del movimiento de masas.

— Por tanto, nuestra posición frente a ellos es de una fuerte lucha político-ideológica sobre la base de profundizar la unidad social de todas las clases y capas explotadas, la unidad política de la izquierda y la convergencia de los revolucionarios.

e) Respecto a China

El MIR expresa su repudio a la guerra de agresión llevada a cabo por el gobierno chino en contra de la heroica República Socialista de Vietnam. Con esta acción, la dirigencia china da un paso más en su política de traición al movimiento revolucionario internacional y de alianza con las fuerzas más reaccionarias del campo imperialista. Dicha política se ha hecho sentir ya en América Latina, particularmente en el apoyo prestado por el gobierno chino a la dictadura chilena y su compromiso de sostenerla económica y militarmente.

El MIR estima que la política internacional china es el resultado del hecho de que la revolución en ese país no se tradujo en la consolidación del proletariado en el poder, sino

más bien lo mantuvo supeditado a fracciones de clara orientación pequeño burguesa, que impusieron sus intereses en procesos izquierdistas como el Gran Salto Adelante y la llamada Revolución Cultural, así como a través de la doctrina de los tres mundos, que no aplica a la política internacional una concepción marxista, basada en la lucha de clases.

Finalmente, el MIR observa con atención las luchas fraccionales que se libran en el seno de la dirigencia china, después de la muerte de Mao, y manifiesta su solidaridad con aquellas fuerzas que al interior de China pugnan por hacer prevalecer los intereses del proletariado a nivel del partido y del Estado.

4. Nuestros principios generales

a) *Luchamos por la unidad más estrecha de las fuerzas obreras a escala internacional.* La unidad es una base esencial de una correcta política revolucionaria, y no en vano, ha sido levantada desde los tiempos del Manifiesto Comunista, como uno de los propósitos centrales de los revolucionarios. Toda vez que la dominación burguesa se funda en la división y fractura del proletariado y sus aliados, el proletariado debe unirse nacional e internacionalmente estableciendo alianzas de distintos tipos y concertando una acción mancomunada contra el capitalismo y el imperialismo.

Debemos saber asociar permanentemente, de forma intransigente, lucha ideológica y unidad política, la dura polémica de ideas y la firme acción común contra el enemigo fundamental. La clara distinción entre los dos polos fundamentales del enfrentamiento, debe permitir combinar debate ideológico y combate común, resolver las diferencias secundarias a través de la lucha ideológica en el campo obrero y popular y luchar a muerte contra el enemigo fundamental.

b) Por tanto, impulsamos la *acción coordinada de las distintas vertientes del movimiento obrero internacional.*

c) Así también, la *acción común de todas las fuerzas susceptibles de llegar a combates de distintos alcances contra la burguesía.*

5. Nuestros objetivos

a) Aportar a la coordinación de la lucha de clases internacional en la medida de nuestras fuerzas, tanto en África, Asia y Europa, como prioritariamente en América Latina.

b) Desarrollar, extendiendo y profundizando, la coordinación de los revolucionarios en el subcontinente latinoamericano.

c) En la medida en que maduren las organizaciones revolucionarias y se afiance su papel en la lucha de clases, marchar hacia formas superiores de coordinación en América Latina. Esto debe ser entendido como un proceso largo que recién da sus primeros pasos y en el marco de buscar la alianza y unidad de todos los destacamentos del movimiento obrero y popular latinoamericano.

d) En síntesis, construir un sistema de alianzas internacionales, que permita golpear de manera eficaz al enemigo común de las distintas fuerzas obreras internacionales; el sistema capitalista imperialista mundial. Particularmente en Chile y América Latina.

6. Nuestros objetivos inmediatos para América Latina

a) Nuestro propósito central es estrechar las relaciones con los destacamentos latinoamericanos e internacionales, integrados efectivamente a la lucha de clases.

b) Aportar en la medida de lo posible a la maduración y convergencia de los sectores menos desarrollados como organización revolucionaria en América Latina.

c) Profundizar nuestra teoría y práctica a propósito de los aspectos que permitan fundar una correcta política revolucionaria y que sea un aporte al desarrollo de la ideología y la política de las fuerzas revolucionarias en América latina. Este aporte sólo puede alcanzar su máxima expresión a partir de nuestra intervención en la lucha de clases.

d) Realizar la segunda reunión de las distintas organizaciones revolucionarias del

subcontinente. Implementar los acuerdos de la reunión de Libia y avanzar hacia una forma superior de acción común y coordinada.

e) Fortalecer las relaciones bilaterales del MIR con otras organizaciones revolucionarias del continente.

f) Impulsando la unidad de los revolucionarios, impulsar al mismo tiempo alianzas de diferentes tipos según sea posible, con el movimiento obrero reformista latinoamericano (PCs), sin renunciar por ello a la lucha ideológica.

g) Fortalecer la acción de la JCR en el marco del proceso de coordinación continental ya en marcha, contribuyendo a su fortalecimiento ideológico, político y organizativo, procurando al mismo tiempo colaborar solidariamente con las restantes organizaciones hermanas que la componen.

h) Continuar el fortalecimiento de nuestros vínculos y relaciones fraternales con el PCC y la Revolución Cubana.

7. Nuestros objetivos en Europa

a) Implementar una línea de coordinación con la izquierda revolucionaria del sur europeo, especialmente con sus sectores más profesionales, como los de España, y en menor medida Francia e Italia, siendo el sur europeo la zona de más álgidos conflictos de clase en ese continente.

b) Impulsar una política de acción común con el movimiento obrero comunista europeo, toda vez que esto sea posible y sin renunciar a la lucha ideológica frente a él, específicamente en Francia, España e Italia.

c) Sin perder de vista un momento la naturaleza de clase de la socialdemocracia.

Impulsar una política de acuerdos concretos y de alcance limitado con sus sectores más progresistas: Francia, España, etc., denunciando al mismo tiempo los objetivos de su ofensiva sobre América Latina.

8. Nuestros objetivos en Asia y Africa

a) Desarrollar y estrechar nuestras alianzas con las organizaciones revolucionarias en lucha y con los países recientemente incorporados al sistema socialista.

b) Estrechar nuestras relaciones con las organizaciones que luchan por la liberación nacional y el socialismo; FPLP, Fedayines del Pueblo Iraní, etc.

c) Fortalecer y estrechar nuestros vínculos y lazos con el Congreso del Pueblo Libio.

d) Profundizar nuestras relaciones con los gobiernos progresistas de la región, en tanto estos desarrollan una política de apoyo a la lucha de liberación nacional en la región y de apoyo de diferente alcance a otras organizaciones internacionales de naturaleza progresista y/o revolucionaria.

e) Respecto a Corea, el CE constata que nuestras relaciones con el gobierno de ese país se han enfriado significativamente en los últimos ocho meses.

El Comité Exterior analiza esta situación en el marco de diferencias en torno a importantes problemas de situación internacional. Entre ellos, destaca el de la política exterior china. Con todo, el CE decide seguir realizando un esfuerzo por superar la situación de estancamiento actual de las relaciones con el gobierno coreano, en el marco de un fraternal debate ideológico y en búsqueda de un grado mayor de unidad política en la lucha frente al imperialismo internacional.

9. Resoluciones sobre la política de relaciones

a) El CE ratifica el carácter prioritario que tiene para el MIR las relaciones con el PCC y el Gobierno cubano, así como con el PCV y el gobierno vietnamita, y estima necesario seguir elevando el grado de entendimiento y colaboración con ellos.

b) Con el propósito de reforzar el trabajo del partido en Africa, el CE estima conveniente trasladar a uno de sus miembros para asumir allí su dirección, dotándolo de un equipo de trabajo suficiente. En dicho trabajo tendrán énfasis especial las relaciones

partidarias y con los gobiernos de Angola y Mozambique, debiendo examinarse también la posibilidad de dar énfasis similar a Etiopía.

c) El CE estima conveniente realizar una evaluación sobre la situación política y los resultados del trabajo realizados en Argelia, en la perspectiva de precisar el énfasis que se ha tendido a prestar a ese país en las relaciones del partido. Por otra parte, el CE decide estrechar relaciones con los revolucionarios Omanitas. El trabajo del partido en el Medio Oriente quedará bajo la responsabilidad del miembro del SE encargado de relaciones internacionales.

d) El MIR ratifica la importancia que nuestro partido concede a las relaciones fraternales y solidarias que mantenemos con el Congreso del Pueblo Libio.

e) El CE seguirá impulsando su política de relaciones hacia el PCUS, PSUP, Bulgaria, etc., buscando concretar en 1979 una visita oficial a la URSS y la apertura de contactos bilaterales entre ambos partidos.

10. Resoluciones sobre el proceso de convergencia

1. Considerando los compromisos asumidos en la reunión ya efectuada, y teniendo en vista la reunión que se realizará probablemente en este año, el CE decide:

a) Promover en los meses de abril y mayo el debate interno respecto al Llamamiento y la Declaración propuestas para ser aprobadas.

b) Impulsar las tareas definidas en el seno de las organizaciones que conforman el grupo del cual el MIR es responsable.

c) Participar activamente en las tareas de la Comisión Organizadora, en especial, el impulso al debate de los documentos mencionados en la zona; del desarrollo de la campaña por el FSLN, en los meses de abril y mayo, y la reelaboración de los documentos en los meses de junio y agosto.

d) Encargar al SE de elaborar un documento de táctica para la reunión de octubre, así como de los pasos que le deben seguir.

2. Atendiendo a los compromisos asumidos en la reunión de convergencia ya mencionada, prestar apoyo prioritario —en cuadros, propaganda y de otro tipo— a las siguientes organizaciones: FSLN, organizaciones de la IR peruana, FPL, EGP y MRP, y el PRT de Bolivia, PRT-A, MLN-T, PSP.

3. En vistas de la reunión de la IR, el CE considera necesario ampliar las relaciones del partido con otras organizaciones, en particular: Resistencia Nacional de El Salvador, FAR, de Guatemala; PC Mayoría, de Perú; MEP y AP de Brasil. Se estima también conveniente ampliar y/o intensificar relaciones con organizaciones de Uruguay (en particular PVP), así como acentuar el trabajo de relaciones hacia los PCs de América Latina.

11. Prioridades generales de nuestra política.

Se mantienen las prioridades políticas que define en primer lugar a la IR latinoamericana, y en segundo lugar, a los países socialistas. Geográficamente, las prioridades serán:

a) Cono Sur, Perú, Centro América, Cuba, Vietnam.

b) Brasil y el resto de América Latina.

c) Africa del Norte y Cono Sur.

d) Medio Oriente, FLPL.

e) Europa del Sur, España.

Resolución sobre el proceso de convergencia... Considerando los compromisos asumidos en el convenio y teniendo en cuenta la necesidad de garantizar el cumplimiento de los objetivos...

10. Resolución sobre el proceso de convergencia

1. Encargado al SE de elaborar un informe de la situación de la moneda... 2. Atendidas las obligaciones asumidas en el convenio de convergencia... 3. En vista de la necesidad de la CE de mantener una estrecha relación...

- 1. Europa del Sur, España. 2. América Latina. 3. África del Norte y del Oeste. 4. Asia y el Pacífico. 5. Oceanía. 6. Europa del Norte. 7. Europa Occidental. 8. Europa del Este. 9. Europa Central. 10. Europa del Sur.

Resolución sobre el proceso de convergencia... Encargado al SE de elaborar un informe de la situación de la moneda...

TERCERA PARTE

RESOLUCIONES SOBRE SITUACION NACIONAL

Resolución sobre el proceso de convergencia... Encargado al SE de elaborar un informe de la situación de la moneda...

- 1. Europa del Sur, España. 2. América Latina. 3. África del Norte y del Oeste. 4. Asia y el Pacífico. 5. Oceanía. 6. Europa del Norte. 7. Europa Occidental. 8. Europa del Este. 9. Europa Central. 10. Europa del Sur.

Resolución sobre el proceso de convergencia... Encargado al SE de elaborar un informe de la situación de la moneda...

TERCERA PARTE

RESOLUCIONES SOBRE SITUACION NACIONAL

I. INTRODUCCION

1. El período contrarrevolucionario

a) Después de haber vivido de forma concentrada el máximo de libertades democráticas que la democracia burguesa puede posibilitar a la clase obrera y el pueblo en el período 70-73, la situación política del país conoció un brusco pasaje al período más violento y reaccionario de nuestra historia. Los dos momentos; el revolucionario y el contrarrevolucionario, no son sino dos caras del mismo período, del mismo proceso de la lucha de clases; son aspectos contradictorios en lucha continua, que se regulan entre sí, se excluyen —personificados en las masas populares el uno, en la burguesía y el imperialismo el otro— hasta que se impone el proceso revolucionario o la reacción contrarrevolucionaria.

La acumulación de la explotación capitalista, de la opresión política del Estado burgués y de la represión directa, producen la puesta en movimiento de la conciencia y la organización de las masas, agudizando la lucha de clases, y haciendo avanzar el proceso revolucionario. Llegado a un cierto estadio de su desarrollo, producto de la combinación dialéctica entre la profundización de las contradicciones objetivas del sistema capitalista y del sistema de dominación política de la burguesía, y el fortalecimiento de la movilización, la conciencia y la organización de la clase obrera y el pueblo, el régimen entra en crisis, la forma de dominación vigente llega a sus límites y se abre un período de lucha abierta en la sociedad.

En esos períodos de la lucha de clases, los grandes enfrentamientos entre las clases fundamentales del mundo moderno polarizan abiertamente toda la vida social y política. La contradicción fundamental de la sociedad capitalista se abre campo en la escena política, simplificando hasta el grado máximo los enfrentamientos de clase en la sociedad burguesa. Destruídos los amortiguadores de la ideología burguesa, las masas se lanzan directamente a la lucha política, y la realidad social aparece de hecho en su esencia: las clases explotadas conforman a la aplastante mayoría de la sociedad y, bajo la conducción del proletariado, demuestran que sus soluciones para la crisis de la sociedad la atacan en su raíz, emancipando al conjunto de la sociedad, al destruir el poder burgués. La explosión de las energías condensadas de las grandes masas trabajadoras irrumpe violentamente a la lucha política y hace la crítica práctica de la forma como la institucionalidad burguesa pretende reflejar las relaciones de clase en la sociedad.

En un plazo corto de tiempo, las más amplias capas del pueblo hacen la experiencia concreta de la situación y la posición de todas las clases y fuerzas políticas aprenden, de forma sintética, en un par de años, de meses, incluso semanas, toda la compleja dinámica de la lucha de clases. Se rompe la "normalidad" burguesa y, en palabras del Che, "cuando lo extraordinario se vuelve cotidiano, es la revolución".

Alrededor de la cuestión del poder, se estructuran los choques fundamentales del período revolucionario. Planteado *objetivamente* por la crisis de la hegemonía burguesa en la sociedad y la movilización de las más amplias masas, el problema del poder pasa a plantearse también *subjetivamente* como una cuestión de actualidad inmediata y como el problema central a resolver, del cual dependen todos los otros.

Una intensa lucha por el restablecimiento de la unidad rota de la sociedad, en una dinámica reaccionaria o progresista, pone en choque directo a los polos decisivos de la Historia contemporánea, en una situación de desequilibrio que afecta a toda la sociedad y, por ello, tiene una dinámica necesariamente limitada en el tiempo.

El enfrentamiento entre la revolución y la contrarrevolución, y la victoria —temporal o definitiva— de uno de ellos, es el reflejo político más alto de la guerra de clases en la sociedad, y la confesión incuestionable de la división de la sociedad en clases sociales opuestas y antagónicas. Los períodos revolucionarios son así los momentos de la verdad en la sociedad, porque revelan a la superficie —y hacen partícipes prácticos a la gran mayoría del pueblo—, los grandes enfrentamientos de clase que mueven a la historia; también lo son, porque el choque directo entre la burguesía y el proletariado y sus aliados revela la acumulación de fuerzas lograda concretamente por los dos contrincantes, por la revolución y la contrarrevolución. En el conjunto del país, transformado en una arena de la lucha de clases, la reacción burguesa y las masas populares se enfrentan directamente, bajo las más distintas formas, la correlación de fuerzas se cambian constantemente, hasta que se restablece el equilibrio en la sociedad, la unidad del cuerpo social lacerado por las contradicciones de clase.

Pero una vez rota la institucionalidad impuesta por la ideología y la fuerza represiva de la burguesía, la historia de los hombres y de la sociedad ya no vuelve a ser la misma. Revelados los secretos más profundos de la lucha de clases como el motor imparable de la Historia, el reacomodo de las clases sociales tiene que ser radicalmente distinto. Se impone la revolución o la contrarrevolución, la correlación de fuerzas se presentará radicalmente alterada por la derrota —temporal o definitiva— de uno de los grandes bloques sociales y políticos.

El período prerrevolucionario es, pues, un período de lucha intensa y frontal entre la revolución y la contrarrevolución, debido al cuestionamiento del Estado burgués por las fuerzas obreras y populares, compeliendo a un reordenamiento de los contingentes burgueses e imperialistas, que rearticulan sus fuerzas en función de la ofensiva enemiga. Un período prerrevolucionario y revolucionario contiene en sí, pues, la perspectiva de la victoria revolucionaria y la posibilidad del triunfo de la contrarrevolución.

En Chile vivimos entre 1970-73, un período prerrevolucionario y un momento de aguda polarización y enfrentamiento de las fuerzas de la revolución y la contrarrevolución.

Objetivamente, ya en octubre de 1972 se había agotado la etapa pacífica de desarrollo de la revolución chilena; y se abría una fase de lucha abierta, violenta por el poder político. El movimiento obrero y popular necesitaba cambiar rápidamente la táctica, cambiar su programa, su política de alianzas, sus formas de organización y lucha; abandonar la ilusión del tránsito pacífico, institucional, electoral y parlamentario al socialismo; abandonar la ilusión de una etapa democrática popular de reformas de estructuras y democratización del Estado burgués, sustentado en la alianza con la burguesía no monopólica y con el PDC. Era necesario pasar a la ofensiva en la acumulación de fuerzas, apoyándose directamente en la clase obrera, el campesinado y la pequeña burguesía funcionaria, que constituyen más del 80% de la población chilena, desarrollando el poder popular independiente, desarrollando el poder militar del pueblo, descabezando el golpismo en las FF. AA.

La derrota de septiembre de 1973 es la derrota de una concepción de la lucha de clases y la política de una concepción estratégica equivocada y de una conducción específica del movimiento obrero y popular chileno, entonces dominante, el reformismo pequeño burgués y el reformismo obrero.

b) Un período convulsionado de nuestra historia vivió el pueblo chileno a inicios de esta década, haciendo temblar al conjunto de la sociedad y, en ella, a la democracia burguesa. Su desenlace provisorio con la implantación de la dictadura militar, el revés de las grandes masas populares y el paso a un período contrarrevolucionario, cierra un ciclo en la historia de nuestro país, abriendo concomitantemente una etapa con rasgos distintos en la forma de enfrentamiento entre las fuerzas sociales. La comprensión del período

contrarrevolucionario como la continuación —contradictoria— del período revolucionario, es indispensable para el entendimiento global del proceso histórico de las luchas de clase en Chile como una totalidad. Sin embargo, hay que comprender profundamente lo que hay de ruptura en esa continuidad, lo nuevo que nace de lo viejo, lo que quedó definitivamente sepultado en septiembre del 73 y lo que permanece y se refuerza.

2. Rasgos principales del período

a) La ofensiva contrarrevolucionaria en nuestro país se da en un marco internacional que se caracteriza por una crisis económica del conjunto del sistema capitalista, terminado el ciclo de expansión que siguió a la Segunda Guerra Mundial. Los cambios en la estructura económica imperialista exigían nuevas formas de integración de las distintas economías nacionales al sistema global regido por los países imperialistas, además de recargar lo más posible los costos de la crisis económica sobre las bases de una mayor explotación de las economías dependientes y una superexplotación de las clases trabajadoras locales.

En el plano político, los intereses del imperialismo vienen sufriendo duros golpes producto de los progresos de las luchas de liberación y revolucionarias en Indochina y en África, así como el deterioro de las dictaduras en Portugal, España y Grecia, y del avance de las fuerzas populares en otros países de Europa.

América Latina, durante la década anterior y en algunos países aún a comienzos de la década del 70, veía desarrollarse procesos sociales y políticos que planteaban posiciones antiimperialistas y democráticas y, en ciertos casos, incluso anticapitalistas.

Más globalmente, el campo socialista ya se había consolidado, avanzaba en el plano económico, político y militar, desarrollaba sus lazos con el movimiento progresista y revolucionario mundial. En particular, la Revolución Cubana es ya un proceso irreversible.

b) El imperialismo, en función de sus intereses políticos, ideológicos, económicos y militares, redefine su estrategia de enfrentamiento con las fuerzas populares en el mundo y especialmente en América Latina. En la primera mitad de los 60 comienza a preparar su "estrategia de la contrainsurgencia", que inaugura exitosamente en Brasil el año 64, aunque sólo a partir del 68 la aplica en su plenitud. Esta estrategia no es sólo —como una interpretación ligera del concepto de contrainsurgencia puede hacer creer— una fórmula de carácter militar, ni siquiera sólo político militar, sino que configura un proyecto global que, junto con enfrentar y derrotar (e ideológicamente aniquilar) al movimiento de masas y a las vanguardias o dirección política de ellas, impulsa un nuevo modelo de acumulación que sea funcional a la nueva situación económica mundial, y que cree nuevas formas y mecanismos de vertebración de estas economías nacionales funcionales a sus intereses.

La ola contrarrevolucionaria sobre el continente y el establecimiento o reforzamiento de las dictaduras militares en la mayor parte del continente será el instrumento del imperialismo para reafirmar su dominación en su área de influencia más próxima. De tal forma, mientras en otros continentes se vive un período de avance y triunfos revolucionarios, en América Latina se atraviesa en países claves por un período contrarrevolucionario y de fortalecimiento de la dominación imperialista.

c) Los años 70 quedarán en la Historia como la década del cambio global en la correlación de fuerzas entre el campo imperialista y las fuerzas proletarias. Ello se produce como resultado de la acumulación de fuerzas en diversos planos, entre los cuales hay que contar:

- El ingreso del capitalismo a un ciclo largo de carácter recesivo.
- La victoria revolucionaria de Vietnam, símbolo del poder de la guerra popular, y de la debilidad de la aplastante superioridad militar norteamericana.
- La crisis del consenso interno en que se había apoyado sólidamente la política interior y exterior norteamericana.
- Las otras victorias revolucionarias en Asia y África, definiendo un nuevo ciclo de victorias revolucionarias, similar al de fines de la Segunda Guerra.
- La situación de equilibrio militar y nuclear entre los Estados Unidos —potencia imperialista hegemónica—, y la URSS —principal potencia socialista.

Los cambios en la correlación de fuerzas global logrados en esta década no tiene un carácter coyuntural, sino que remiten a elementos estratégicos en la lucha entre las dos grandes clases del mundo moderno, sea en los países donde luchan bajo la dominación

burguesa, sea en la oposición entre el sistema imperialista en su conjunto y los países socialistas, o entre aquél y las fuerzas proletarias en su conjunto. La contrarrevolución chilena y latinoamericana tiene un carácter local, regional, en el marco de un período de ascenso de la revolución mundial.

d) En Chile se vivía, al abrirse la ofensiva contrarrevolucionaria, un proceso de crisis que tenía dos expresiones concretas más importantes: la crisis del modelo de acumulación capitalista instaurado en los años 30 y 40 y, como expresión político-social la crisis del sistema de dominación, crisis de hegemonía al interior del conjunto de las clases dominantes, fracasos de las organizaciones políticas burguesas, resquebrajamientos del aparato estatal, etcétera.

En este contexto es que se desarrollan las luchas sociales y políticas que se traducen en la elevación de los niveles de conciencia y organización de las masas y que desembocan en el triunfo electoral del movimiento popular. El gobierno de la UP posibilitó agudizar la crisis del sistema desde una perspectiva global, abriendo cauce a un extraordinario avance del movimiento de masas. La radicalización de las masas y el fortalecimiento de las fuerzas revolucionarias (en lo cual influye decisivamente el MIR) llevarán esta situación de crisis a todos los niveles y polos de la sociedad.

La situación para las clases dominantes era, el año 73 en perspectiva, de "vida o muerte". En ella, el movimiento de masas, teniendo como columna vertebral a la clase obrera, había avanzado de tal manera en su conciencia, politización, organización y participación en la vida política nacional, que entraba a cuestionar por primera vez en la historia de Chile, al régimen capitalista. Sin embargo, la burguesía percibía asimismo que estos avances de la clase obrera y el pueblo tenían aún una gran debilidad a causa de la política vacilante y conciliadora de la pequeña burguesía y del reformismo en el gobierno, y porque aún no lograba consolidarse una vanguardia revolucionaria, ni la suficiente acumulación de fuerza política y militar que permitiera lanzar todas esas energías de las clases dominadas al asalto al poder.

Pero la dinámica revolucionaria era en sí una grave amenaza potencial a corto plazo. Ante ello, como tiende a ocurrir históricamente, las clases dominantes posponen sus diferencias programáticas, sus divergencias en cuanto al sistema político a implantar, etc., para anteponer la unidad de clase, la identidad de sus intereses estratégicos como clase social en un proceso de aguda lucha de clases, la unidad contrarrevolucionaria de la burguesía chilena y su socio imperialista.

La ofensiva contrarrevolucionaria final, iniciada a mediados de 1973 y el golpe militar de septiembre que la cristaliza definitivamente, expresa la fórmula político-militar burguesa e imperialista de solución a la crisis del sistema, materializando el sentir y los intereses del conjunto de las clases dominantes. No hay fracción burguesa que se oponga al golpe militar, ya que con mayor o menos escrúpulo, toda la burguesía participa en el proceso de creación de condiciones políticas, sociales e ideológicas y, consecuentemente, apoyan al gobierno militar y lo defiende.

Obviamente cada fracción se creó expectativas de los intereses específicos que la junta militar iba a expresar.

El primer consenso burgués, decía relación con la represión a desarrollar hacia el movimiento de masas y las organizaciones políticas y sindicales. Existía la conciencia que el nuevo sistema político y económico a implementar, exigía una correlación de fuerzas cualitativamente distinta a la existente durante el gobierno de Allende; se requería un movimiento de masas sometido, controlado, que no tuviera fuerza para combatir por sus intereses.

En suma, el consenso de las clases dominantes en aquel momento crea la necesidad de abrir un período en la lucha de clases nacional que permitiera redefinir el modelo de acumulación capitalista y reorganizar el Estado sobre nuevas bases. Este consenso no ha variado en lo esencial desde entonces.

3. Los objetivos históricos de la contrarrevolución

La ofensiva contrarrevolucionaria y la dictadura militar, instrumento suyo, tendrá entonces tres objetivos fundamentales:

a) Detener el avance de masas del movimiento popular y revolucionario, el cual a través del desarrollo de su conciencia colectiva y de formas de organización (poder

popular) y de lucha, entraban a cuestionar la dominación imperialista y burguesa en nuestra sociedad.

b) Restablecer la dominación burguesa, para lo cual requiere superar la crisis ideológica que vivían las clases dominantes, reestructurar un bloque político, ideológico, social y militar hegemónico, redefinir el concenso necesario entre las clases dominantes lograr el sometimiento activo del movimiento de masas, para la estructuración de nuevas formas de dominación y la materialización del nuevo modo de organización del Estado.

c) Resolver la crisis económica, lo cual dado el carácter de esta crisis, significa impulsar la estructuración de un nuevo modelo de acumulación capitalista que intente redefinir la inserción de la economía nacional en sistema capitalista mundial.

4. La correlación de fuerzas en el período

a) Cada período de la lucha de clases se define por una correlación de fuerza específica, que hace posible su implantación, y cuya mantención prolonga la existencia de ese período. Hablamos de período contrarrevolucionario a partir de 1973, por el cambio cualitativo en la relación de fuerzas entre las clases fundamentales de la sociedad chilena, que se produce en el paso del período de ofensiva revolucionaria al paso de ofensiva contrarrevolucionaria que tomó forma institucional con el golpe militar y el establecimiento de la dictadura.

Golpeando al movimiento de masas y las formas políticas populares en sus flancos más débiles, la contrarrevolución inició, ya antes de septiembre del 73, un proceso de acumulación de fuerzas, que le permitió el cambio radical de la situación política, mediante el derrocamiento del Gobierno de Allende, el freno al ascenso del movimiento de masas, los golpes a las direcciones y a la militancia de las fuerzas de izquierda y de las organizaciones de masas. Apoyada en esos cambios impuestos por la fuerza política, militar y social, articulada en los meses anteriores al 11 de septiembre, la contrarrevolución consiguió revertir drásticamente y bruscamente la correlación de fuerzas ganadas con el proceso revolucionario.

La contrarrevolución logró reconquistar la iniciativa en el plano político y militar, relegando al movimiento de masas, a las fuerzas populares y al movimiento revolucionario a una situación de defensiva. El paso del período contrarrevolucionario significó el paso de las fuerzas burguesas e imperialistas a una posición de ofensiva táctica y estratégica, desatando paralelamente una campaña de persecución y aniquilamiento de las fuerzas obreras y populares.

El movimiento obrero y popular, junto a las fuerzas revolucionarias, pasan a sufrir el más amplio y sangriento ciclo represivo por parte del régimen burgués e imperialista, y tuvieron, en base a una desfavorable situación de las fuerzas, y a los reverses sufridos, que pasar a una situación de repliegue y de defensiva.

b) En dos de las tres tareas históricas que la gran burguesía y el imperialismo entregaron en manos del régimen contrarrevolucionario, este logró avances significativos, imponiendo ahí su poder superior.

La situación y posición del movimiento de masas y de las fuerzas políticas populares, cambió radicalmente, cerrándose violentamente su etapa de amplia movilización y radicalización.

Su espacio legal de organización y lucha fue completamente copado por las fuerzas represivas de la dictadura militar, sus principales dirigentes y militantes, golpeados masivamente por la fuerza militar, sus organizaciones disueltas, todos sus derechos elementales borrados; se multiplicó el desempleo y la drástica rebaja del poder adquisitivo del salario, subieron verticalmente los precios de los productos básicos, se prohibieron las actividades económicas complementarias de las familias proletarias. Golpeado en su vanguardia material, violentamente reprimido en sus organizaciones y formas tradicionales de lucha, sin capacidad, experiencia y conducción para contragolpear, el movimiento de masas pasó a una etapa de reflujo y de repliegue, sin que jamás la contrarrevolución lograra aplastarlo plenamente y conservando siempre una capacidad de resistencia en sus núcleos de vanguardia y sectores avanzados.

Las fuerzas políticas de la izquierda tradicional perdieron completamente cualquier capacidad de respuesta, sea por su inadaptación a las condiciones de lucha clandestina y

semilegal, sea por la orientación política de retirada en todos los campos que impartieron por su subordinación a las contradicciones interburguesas.

El movimiento revolucionario, y su expresión partidaria en el MIR se vio en la necesidad de organizar y dirigir en el repliegue, fuerzas muy superiores a su capacidad real. El núcleo central del partido pudo reinsertarse más o menos rápidamente en las nuevas condiciones de lucha, pero los sectores de masas dirigidos por el partido y aquellos bajo su influencia, sufrieron duros golpes represivos, que, sumado a la retirada desordenada de los dirigentes de la izquierda tradicional —su táctica no sólo de repliegue, sino de retirada y abandono de la escena política, de renuncia a dirigir el repliegue combatiendo, resistiendo— impidieron una reacomulación de fuerzas inmediatas, que hubiera posibilitado obstaculizar y dificultar la ofensiva de la contrarrevolución.

Así en el plano político y político-militar, la dictadura pudo contar al final del primer año de contrarrevolución con una situación muy favorable, frente al movimiento de masas, frente a las fuerzas políticas tradicionales, e incluso frente al movimiento revolucionario, después de los golpes represivos sufridos por nosotros al final del primer año del golpe militar. El campo quedaba abierto para que la iniciativa política residiera en los marcos interburgueses; los enfrentamientos políticos que ocuparon la escena política a lo largo de 1975, 1976 y 1977, fueron más bien los roces internos de las clases dominantes, donde el movimiento de masas veía sus iniciativas reflejadas indirecta y deformadamente en las conducciones de la Jerarquía Eclesiástica y de la dirección DC, que las utilizaban en función de ganar espacio para su propio juego.

c) La tarea de unificación del conjunto de las clases dominantes, encontró su terreno más apto en la reorganización del proceso de acumulación centrado en los intereses hegemónicos del gran capital monopolista y financiero.

La dictadura militar, apoyada en los logros obtenidos por su política represiva hacia el movimiento de masas y la izquierda, introdujo un nuevo esquema económico para el debilitado capitalismo dependiente chileno. Después de ensayos no totalmente conformados en sus dos primeros años, se afianza el modelo económico exportador de productos primarios y agroindustriales. El afinamiento del nuevo modelo se expresa en la reconversión global de la estructura del aparato productivo nacional y en la reproducción ampliada de ese modelo, principalmente en sus sectores más dinámicos. Esto, con independencia de que el débil flujo de inversiones extranjeras y nacional en el conjunto de la economía, señala los límites estructurales del actual modelo y sobre todo su incapacidad para asegurar la reproducción material de todas las fracciones burguesas y el conjunto de las clases subalternas. Depurada la economía de la crisis económica estructurada que la aquejaba en la década anterior y duramente afectada por la política de shock para la concentración acelerada de los capitales, la unidad de los principales grupos económicos, incluidos los sectores monopolísticos, fue generando un consenso capitalista básico sobre los caminos de la economía chilena. Las diferencias que subsisten son el producto de las diferencias de intereses entre los propios grupos monopolísticos, así como de las reivindicaciones e intereses de fracciones y sectores burgueses que han sido golpeados por el nuevo modelo y política económica y que no han logrado aún reorientar sus inversiones o reconvertir sus instalaciones productivas. Pero estos últimos solo buscan mayores ventajas y regalías del estado y su incorporación subordinada al bloque en el poder.

La dictadura militar, conseguía así, por un lado, reorganizar la economía chilena, superando la situación de agotamiento del proceso de acumulación vivida desde la mitad de la década de los 50 y más abiertamente a partir del tercio final de la década de los 60, y a la vez, lograba un consenso empresarial básico alrededor de ese esquema. Ello se obtendrá en base al privilegio absoluto del capital monopolístico en el control del Estado, debilitando enormemente su capacidad de extender ese consenso hacia otros sectores de la sociedad.

De hecho, los requerimientos del proceso de acumulación capitalista chileno recortan drásticamente los márgenes de acción del Estado del punto de vista del cumplimiento de su otra tarea —la de aparecer como estado de toda la burguesía y de todos los chilenos—, la de lograr cierto grado de consenso general en la sociedad y aquí reside el elemento de mayor debilidad del régimen de dictadura militar.

d) Para el cumplimiento de la tercera tarea que el gran capital y el imperialismo impusieron a la dictadura militar, esta encuentra las mayores dificultades justamente en

el campo de la conformación de un nuevo sistema de dominación política, que dé estabilidad y continuidad al poder burgués y por ende al sistema capitalista en el país. Las tres tareas básicas del Estado burgués —garante del orden burgués y, de la propiedad capitalista y unificador del punto de vista burgués del conjunto de la sociedad bajo su dirección— se contradicen abiertamente en su aplicación concreta.

Para cumplir estrictamente su rol de garante del poder burgués amenazado, el Estado chileno tuvo que desenmascararse a los ojos de toda la sociedad, dando el mayor baño de sangre conocido en nuestra historia, y creando así una valla inolvidable e intraspionable entre el nuevo régimen militar y el pueblo. En segundo lugar, la imposición del único modelo de acumulación acorde con las condiciones actuales del sistema capitalista chileno, no hace sino profundizar y ensanchar esa valla, provocando la más grande polarización social que jamás haya conocido el país, entre un polo restringido de consumo y opulencia y otro aplastantemente mayoritario de miseria, explotación y penosa sobrevivencia.

Los márgenes que le quedan entonces al Estado para obtener grados de consenso social y político se limitan enormemente, condenando al régimen de la contrarrevolución a un aislamiento social y político profundo y permanente, cuyos efectos sólo quedan neutralizados por la ausencia de una fuerza obrera y popular unificada, que, vaya polarizando nacionalmente ese desgaste. Si bien el conjunto de las clases dominantes y los diversos grupos monopolísticos han establecido un gran consenso interburgués respecto a la necesidad de la institucionalización, —definida como un proceso que tiene un período de transición (actual) y un punto de llegada y apertura a un nuevo ciclo histórico, al entrar en vigencia un nuevo sistema de dominación, tipo de Estado y Constitución— ellos no han logrado aún un acuerdo pleno sobre la forma, ritmo y normatividad o legalidad del período de transición, ni menos a un consenso sobre como estructurar definitivamente un Estado, que siendo esencialmente el Estado del capital monopolístico y financiero, atienda también, los intereses de toda la burguesía.

5. El Estado Contrarrevolucionario de Dictadura Militar

Comprender los rasgos característicos del nuevo Estado chileno es responder a las preguntas: ¿Qué forma asume en este período la dominación burguesa? ¿Qué nuevo sistema de dominación sustituye en Chile a la democracia parlamentaria burguesa? ¿Qué expresión política toma la dominación del gran capital monopolista y financiero? ¿A qué régimen político corresponde la dominación de la gran burguesía, en condiciones de agudización de la lucha de clases a escala nacional, en la etapa actual de crisis capitalista, en las sociedades periféricas del capitalismo y en Chile en particular?

Hay que considerar el proceso de reorganización de la forma de dominación burguesa en Chile en su movimiento interno; sus contradicciones, sus limitaciones. No sólo porque es un proceso inacabado, sino principalmente porque es un proceso contradictorio, cuyo resultado es producto del encuentro de intereses y necesidades del gran capital con las posibilidades políticas de la dictadura militar para cumplir con ellos; de los choques de intereses internos de las mismas clases dominantes, a nivel económico y político; de la capacidad mayor o menor del régimen para atraer capas intermedias e integrarlas a su nuevo sistema político; de choque entre las necesidades e intereses de las clases dominantes y su Dictadura y la capacidad de resistencia y respuesta del movimiento de masas y sus direcciones políticas.

Transformaciones fundamentales se hicieron en el aparato de Estado y el sistema político; el Estado chileno es hoy radicalmente distinto del que existía hace seis años. El Estado de democracia parlamentaria está definitivamente sepultado y, con él, la separación de los poderes, los partidos políticos como alternativa de poder, el Parlamento y las elecciones como formas de establecer y renovar la correlación de fuerzas en el frente burgués e, indirectamente, frente a las clases dominadas. La lucha de clases cambia de forma, sus expresiones políticas se alteran: el Estado, las funciones internas dentro del aparato estatal, las formas de organización del poder.

El tipo de Estado que caracteriza el período actual de la lucha de clases en Chile, es un Estado de dictadura militar, al servicio del gran capital monopolista y financiero, nacional e internacional.

La forma dictatorial se diferencia claramente, al interior del estado capitalista, de la democracia parlamentaria. El que se trate de una dictadura *militar*, está dado por el rol central de las FFAA como institución que expresa políticamente los intereses del gran capital monopolista y financiero.

El nuevo Estado que se ha comenzado a construir, tiene en las FFAA su eje central; estas han reorganizado alrededor suyo todos los aparatos estatales y los aparatos ideológicos de la burguesía. Aunque en su expresión gubernamental, el nuevo régimen puede llegar en etapas posteriores de su desarrollo, a asumir la forma de un Gobierno civil, el Estado que lo contendrá tiene sus estructuras esenciales definidas. Su carácter político-militar es esencial, aunque no tenga que ser dirigido directamente por las FFAA; el poder burgués en este período de la lucha de clases en Chile, pasa a ser un poder fusionado entre lo político y lo militar. El elemento de *dominación, de coherción*, será siempre predominante sobre el aspecto de *dirección, de consenso* sobre el conjunto de la sociedad, por la crisis internacional del sistema capitalista, por el modelo de acumulación del gran capital, por la debilidad social e ideológica de las clases dominantes, por el nuevo flujo ascendente del movimiento de masas, por el carácter de la época y el período de la lucha de clases internacional.

El Estado chileno, asume en esta etapa de la lucha de clases en el país, de la crisis internacional del capitalismo y de cambio en la correlación de fuerzas mundial, la forma de *dictadura militar*. Esta no es solamente el instrumento de ruptura del período pre-revolucionario y de instauración de un nuevo modelo de acumulación, sino es también condición de reproducción de éste y de mantención del poder de dominación burgués.

La etapa de acumulación de capital lleva a la hegemonía del gran capital monopolista y financiero como resultado de la misma trayectoria del capitalismo chileno y del paso del capitalismo internacional a una etapa donde se impone cada vez más la predominancia del capital extranjero. El bloque de clases en el poder, se organiza bajo la hegemonía del gran capital monopolista y financiero, nacional y extranjero, subordinando a la fracción agraria y a la fracción industrial y comercial de la burguesía volcadas al mercado interno; la dinámica del modelo de acumulación, y del proceso de reconversión de la estructura productiva ha permitido hasta hoy la incorporación plena del modelo solo de algunos sectores de estas fracciones del capital, mientras otros no logran aún ver resueltos plenamente sus intereses materiales.

El modelo económico debilita la capacidad de alianzas sociales del régimen, pudiendo incorporar a estas solamente a sectores muy restringidos de la pequeña burguesía y más por razones ideológicas, que por vínculos de intereses objetivos con el gran capital. El grado de consenso del régimen es débil, porque se estructura sobre una base material restringida que tampoco puede compensarse con una fuerza ideológica que posibilitara generar a partir de ahí una fuerza social y política de apoyo. Los niveles de consenso logrados son de carácter pasivo, no logrando atraerse ni incorporar sectores de peso social en su apoyo. La combinación de estos dos elementos; más la fuerza acumulada por la lucha de clases a lo largo de las décadas anteriores —que el baño de sangre de la dictadura militar, sólo ha extendido y consolidado— impone un límite absoluto a la búsqueda y construcción de una sólida base social popular por parte del régimen.

La dictadura militar se debate así en la contradicción entre los requerimientos del gran capital y la inestabilidad social que ello implica; la búsqueda de consenso social a su vez, choca con los rasgos excluyentes del esquema de acumulación del gran capital.

Del punto de vista *económico-político*, el Estado chileno se pone al servicio del gran capital monopolista y financiero. Su rol de repartidor de los dividendos de la exportación minera entre las distintas fracciones de las clases dominantes esta netamente más debilitado. El privilegio al gran capital nacional y extranjero para la explotación de las condiciones favorables a la exportación pasa a ser determinante; las facilidades otorgadas a la realización del capital, que anteriormente se volcaba también al mercado interno, ahora se concentra prioritaria o exclusivamente en las condiciones de expansión del mercado externo, incluyendo las condiciones del ensanchamiento del consumo interno estrictamente a sectores de alto consumo, como los que absorben las importaciones de productos suntuarios.

La relación del Estado con las distintas fracciones burguesas también se altera: deja de aparecer como el "*Estado de toda la burguesía*", que favorecía la acumulación de todas sus fracciones (aunque estas aprovecharán desigualmente los beneficios puestos a su

alcance). El nuevo tipo de Estado se preocupa fundamentalmente de los intereses de las *fracciones monopolistas nacionales y extranjeras*, estableciéndose bajo su amparo un mecanismo mucho más selectivo que favorece la acumulación de esas fracciones, y al que las demás tienen que subordinarse. La burguesía monopolista es la que impone ahora el ritmo y la medida de expansión del conjunto de la economía, a lo cual se supeditan las otras fracciones.

Ser el Estado del gran capital monopolístico y financiero significa entonces, en primer lugar, favorecer y privilegiar las condiciones de inversión y reproducción del gran capital nacional y extranjero.

La privatización de gran parte del sector de capitalismo de Estado, es parte integrante del desmontaje del modelo anterior de acumulación de capital, volcado a la industrialización basada en el mercado interno y en la conquista de mercados externos para los sectores dinámicos, siempre apoyada en los dividendos de la exportación chilena.

El Estado chileno no deja entonces de estar al servicio de las necesidades del proceso de acumulación, al proceder a la privatización de casi todas las empresas en su poder, sino que lo hace en función de un modelo económico que exige la liberación de las trabas proteccionistas y de las pretensiones de seguir adelante en el proceso de industrialización y sustitución de importaciones.

Es que la forma bajo la cual el Estado chileno históricamente se pone al servicio de las necesidades del proceso de acumulación con un modelo de industrialización volcado al mercado interno en lo esencial y uno abierto ampliamente al mercado externo, es radicalmente distinta.

El Estado tampoco puede seguir siendo un instrumento de organización de las alianzas sociales y políticas, mediante la expansión del consumo interno dado que este no juega un rol importante en el esquema de acumulación vigente, estrechando las alianzas en sus bases materiales. Al contrario, rompiendo con las políticas económicas de las décadas anteriores, la gran burguesía asume la consigna de un "Estado barato", vale decir, la política antinflacionaria del FMI, que tiene como uno de sus objetivos centrales la liquidación del estructural déficit presupuestario, pilar de la política clientelista y de expansión de la capacidad de realización interna de la producción. A través de ello, es la misma capacidad de alianzas del régimen y, por tanto, de obtención de consenso y de mayor capacidad hegemónica, la que se merma, incrementando la dependencia entre la dominación del gran capital monopolista y financiero y el régimen de dictadura militar.

Del punto de vista *político* la tarea fundamental del nuevo tipo de Estado burgués, es la de construir un sistema político ferreamente centralizado, concebido como cuartel general, en la lucha por la defensa del sistema burgués, tal como lo plantea la doctrina de la contrainsurgencia. La unidad interna de las clases dominantes abarca a sectores más restringidos, a las fracciones monopolísticas de la burguesía como eslabones fundamentales del bloque social en el poder. Esto no suprime la lucha interburguesa entre las propias fracciones y grupos monopolísticos pero sitúa su marco.

Se fortalece la unidad interna a las fracciones monopolísticas de la burguesía alrededor del régimen, debilitándose (sin cortar) sus lazos con las fracciones medianas de las clases dominantes y alejándose el campo de intereses comunes con los pequeños propietarios.

Pero esas fracturas internas a las clases dominantes no hacen que las contradicciones a su interior se vuelvan las determinantes en el conjunto de la sociedad, pues el antagonismo estructural entre el proletariado y la burguesía se incrementa hasta niveles sin precedentes, haciendo cada vez más tirantes las relaciones de clase en la sociedad.

Ello obliga al Estado burgués, la tarea de imponer la unidad interna a las clases dominantes —incluso de forma violenta cuando es necesario— como condición indispensable al enfrentamiento del abismo abierto frente a la clase obrera y el pueblo. Su carácter de Estado dictatorial está así sobredeterminado por las contradicciones antagónicas frente a la clase obrera y el pueblo, y por las fisuras insalvables en el mismo frente burgués. Para ser el Estado del conjunto de las clases dominantes y del imperialismo, el tiene que ser un Estado de dictadura, de consenso impuesto a las fracciones secundarias de las clases dominantes; de coherción —real y potencial— sobre el pueblo.

Privilegiando su aspecto de instrumento de la unidad interna al bloque en el poder, el nuevo Estado chileno resiente debilidades evidentes en su legitimación hacia el conjunto de la sociedad, más allá de la que impone su misma fuerza militar. La unidad de las